CUENTOS BERLINESES

© Jaime Despree

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción sin la autorización del autor

[http://jaimedespree.com](http://jaimedespree.com/)

ISBN:

Editado por el autor

Primera edición: Enero de 2019

Foto de portada: https://pixabay.com/es/

JAIME DESPREE

CUENTOS

BERLINESES

Y OTROS CUENTOS

# Dedicatoria

En este pequeño libro yo no he puesto más que un poco de imaginación y algunas horas de agradable trabajo, lo importante lo han aportado aquellas personas que con su estímulo y ayuda lo han hecho posible. Estas personas son, sin seguir un orden de importancia, las siguientes:

«Pelirroja», de quien sólo sé su alias, pues me contactó desde España a través de mi blog en Internet. Desde un primer momento me sugirió, y hasta rogó, que le contara cosas de Berlín. Así surgió el primer cuento de este libro, «Cosas de duendes de Berlín», y después surgirían todos los demás. Pero, además de este libro le debo algo que para mí es de suma importancia. Al escribir este cuento me di cuenta de que suponía un decisivo paso en mi carrera literaria, ya que después de tres agradables años de estancia en Berlín, era la primera vez que escribía «en Berlín y sobre Berlín», es decir, de la noche a la mañana, y gracias a su insistencia y estímulo, me convertí en lo que creía difícil y laborioso que llegara a suceder: en un escritor berlinés que escribe en español.

Lucia Naiscemento, una amiga y vecina portuguesa que prueba dos cosas importantes: la primera que la inteligencia no entiende de sexo ni nacionalidad, la segunda que la amistad es un estímulo más provechoso y duradero que el amor. Sin su ayuda, su confianza y su lealtad este libro no hubiera sido posible. Berlín está de suerte por contar con una persona tan encantadora y brillante como Lucia, que además desarrolla una importante labor de investigación de una de sus prestigiosas universidades.

Todos mis entrañables y súper amables vecinos, incluida mi paciente «Hausmeisterin», Frau Buhla, y la sensata y extraordinaria mujer propietaria de mi apartamento, Christa Klein, a quien debo un emotivo regalo que recibí esta pasada Navidad. En su amable carta me decía que «Dios nos envía toda clase de problemas, pero también el talento necesario para resolverlos». No puedo estar más de acuerdo.

Aunque pueda parecer que intento congraciarme con las «autoridades», me veo en la obligación moral de dedicar también este breve libro de cuentos berlineses a los responsables del departamento de «Asuntos sociales» de mi embajada en Berlín, quienes en un delicado momento, especialmente crítico y coincidiendo con las fechas navideñas, me «echaron una manita», lo que me permitió gozar de la tranquilidad y el sosiego necesario para escribir estos cuentos prácticamente de un tirón.

Por último, quiero dedicar también este libro a quienes he tenido en la mente, y también en el corazón, durante su redacción, y sin cuyas vivencias anteriores, afectos, respeto y cortesía, simplemente hubiera sido impensable; es decir, ¡a los berlineses!

¡Gracias a todos!

Berlín, 24 de diciembre de 2007

# Cosas de los duendes de Berlín

### Dedicado a «Pelirroja»

Como las cosas que se piden con educación y por favor no se pueden negar, te voy a contar una breve historia que se me ha ocurrido así, de pronto.

¿Quiénes saben del color de las hojas en el otoño berlinés mejor que los duendes del Tiergarten? No hace mucho tuve la suerte de encontrarme con uno, y eso que lo habitual es que aparezcan durante el equinoccio de invierno.

—¡Preciso otoño! —le comenté, extrañado de que siguiera fumando su pipa como si tal cosa, apoyado en un viejo nogal cerca del puentecillo que lleva al jardín zoológico.

—¡Hermoso! —contestó (los duendes son gente de pocas palabras y normalmente detestan a los turistas)

Uno nunca sabe cuál puede ser la conversación adecuada para ganarse la confianza de los duendes, así es que me entretuve dando pataditas a las bellotas y haciéndome el interesado por su bosquecillo.

—¿Tabaco cubano? —le dije para despistar.

—¡Turco!

—Si no es mucho molestar, ¿vive usted por estos alrededores?

—En esta misma haya, desde hace más de trescientos años!

—¡Guau! —le contesté en inglés. Mal hecho, porque sospechó que era turista.

—¿Es usted turista? —(¡lo que me temía!)

—A medias; sólo escritor.

Murmuró algo, como dándome a entender que me perdonaba.

—Yo conocí a los Grimm

—¿A los hermanos Grimm? ¿Los de Blancanieves? —asintió, no sin cierta arrogancia.

—¿Escribe usted también cuentos? —me preguntó a su vez, pero sin poner demasiado interés por la respuesta.

—No siempre, pero tengo un encarguillo de una pelirroja española. Ya sabe como son las chicas cuando se empeñan en algo. ¡Saben cómo pedirlo!

—¿Y que piensa contarle?

—¡Pchsss, lo primero que se me ocurra!

—Yo me sé un cuento muy gracioso, a lo mejor le sirve.

—¡Cuente! —le rogué con la excitante sensación de poder salvar mi compromiso.

—Había una vez una niña que vestía siempre una caperuza roja...

—Perdone —le interrumpí—, pero ahora recuerdo que me he dejado el gato encerrado en el microondas. ¡Si no le importa seguimos mañana!

No le gustó la idea y sospechó que en realidad yo era un turista camuflado de escritor.

—¡Usted se lo pierde! —me dijo sin dejar de mirarme por encima del hombro, lo que no era fácil dado su pequeña estatura.

Me vine a casa, saqué el gato del microondas, y me puse a escribir este cuento.

En cuanto al rojo de las hojas, puedo decirte que no hay palabras para definirlo. Si puedo te enviaré una un día de estos.

# Cuento de hadas del Grunewald

Durante el equinoccio de primavera y en especial las noches de luna nueva, despejadas y estrelladas, los niños y los artistas pueden gozar de la grata presencia de las hadas del Grunewald. No son muchas, tal vez no lleguen a la media docena, y debido a su carácter nervioso e inconstante, suele ser raro el poder cambiar más de unas cuantas frases de cortesía con ellas.

Suelen aparecer en los lugares más insospechados, como por ejemplo, tenerlas prácticamente pegadas a tu espalda sin que te des ni cuenta, y permanecer así un buen rato. Sólo sus risitas las denuncian, pero es necesario que haya un completo silencio, porque por su reducido tamaño no tienen una voz muy potente. La más grande que he podido ver no era mayor que la palma de mi mano. Son relucientes, visten por lo general una ligera túnica blanca hasta las rodillas, sujeta con un lazo, casi siempre de color rosa, pero las más veteranas (no hay hadas viejas) prefieren el azul. Van dejando un cierto destello tras de sí, por lo que se las puede ver ya desde lejos, pero no confundirlas con las luciérnagas, con las que no acaban de entenderse, y normalmente todas llevan una pequeña varita que algunas manejan con bastante destreza, y con la que suele hacer ciertos prodigios si tienen un día bueno.

Digo todo esto porque como ando metido en la redacción de un nuevo libro de cuentos berlineses y por desgracia no soy berlinés más que de corazón, no estoy muy inspirado. Un buen amigo experto en hadas y duendes berlineses, que trabaja para una conocida editorial infantil, me comentó que las hadas del Grunewald saben centenares de cuentos, pero se los cuentan sólo entre ellas o a ciertos niños de imaginación fuera de lo común. La mayoría son divertidos, pero también saben cuentos con moraleja, que suelen contar a las hadas más jóvenes, para que sienten la cabeza y dejen de hacer prodigios sin sentido común.

Hoy es una de esas noches que citaba al principio. He cogido mi bicicleta, un discreto bloc de notas, y me he aventurado en la espesura de este bosquecillo, a ver si tengo suerte y doy con alguna que me eche una mano. Varias veces me he vuelto por si me seguían pegadas a mi espalda, pero todo lo más que he visto a sido alguna de sus odiadas luciérnagas, por lo que he tenido que cambiar de lugar varias veces.

Suerte que me he preparado un bocadillo y he echado en el macuto un par de plátanos, porque ya son más de las dos de la madrugada y aquí no aparece hada ninguna. Si dentro de una hora no hay novedades, me vuelvo a Berlín, pero no dejaré de hacer una visita a mi informador, que sin duda se ha aprovechado de mi necesidad para tomarme bien el pelo.

Lo que yo no sabía era que las hadas suelen reunirse en lugares frescos, junto a riachuelos o pequeños estanques. También les gustan los matorrales floridos y frondosos, porque al ser tan pequeñas pueden meterse por donde les de la gana sin problemas.

—¡Hola!

Por el tono de voz débil y cantarina, deduje que me había jugado la broma de costumbre y tenía a un hada pegada a la espalda un buen rato y yo sin darme cuenta.

—¡Ah, hola! Vaya, por fin apareces, ¡que llevo más de tres horas dando vueltas como un tonto!

—Lo sé, te he visto entrar en el bosque, pero no estaba seguro de si eras un artista, por eso te he seguido.

—¿Y cómo sabes ahora que soy un artista?

—Por que tienes paciencia y fe en ti mismo.

—¡Muchas gracias, muy amable, pero he estado a punto de perderla! Pero, ¿no puedes quedarte quieta ni un momento? ¡No sé ni dónde tengo que mirar para saber que estoy hablando contigo!

—No; no puedo. Las hadas somos algo nerviosas

—Me recuerdas a un colibrí.

—¿Qué es un colibrí?

—Un pájaro pequeño como tú y que también es muy nervioso. Habitualmente se alimentan del néctar de las flores.

—¡Hummm, que rico! Aquí no hay pájaros de esos.

—En mi país sí

—¿Y también hay hadas?

—Supongo que sí, pero la verdad yo no las he visto. En aquella época no escribía cuentos.

—¿Y ahora si?

—Estoy empezando, pero ando algo torpe todavía. Precisamente por eso... había pesando... Pero ¿dónde te has metido? ¡Ah, estas aquí!... Bueno, como te decía, tal vez tú...

—¡Yo sé muchos, pero sólo se los cuento a los niños! Tú eres ya un poco mayor para cuentos...

—Te equivocas, hay muchos mayores a los que nos encantan los cuentos.

—También me sé algún cuento para mayores

—No quiero parecer exigente... pero... ¡tiene que ser un cuento berlinés! Es que si no la editorial no lo quiere...

—¡Que exigentes! ¡Sí, me sé uno muy gracioso!

—No es necesario que sea gracioso, también puede ser serio, les da igual.

Conseguí lo increíble para un hada de su carácter, pues se sentó sobre la rama de un pino joven, se colocó la túnica sobre las rodillas, dejó por un rato tranquila la varita sobre la rama y tosiendo un par de veces para aclarar la voz me contó este cuento:

«—Había una vez en el bonito barrio berlinés de San Nikolas un pintor de gran talento, Wofgang Cornelius se llamaba. Le encantaban los cuadros de hadas, en paisajes bucólicos y llenos de colorido, magia y encanto. Pero a la gente mayor sus cuadros no les gustaban y no lo pasaba muy bien. Su situación económica empeoró de tal manera que llegó al punto de no poder comprar nuevas pinturas y ya ni siquiera podía pintar. Pero como estaba desesperado y hacía dos o tres días que no comía, se le ocurrió la tontería de visitar al dueño de la tienda de cuadros que hay justo frente a la iglesia, llevándole una tela en blanco.

—Buenos días —le dijo Wolfgang—, le traigo una estupenda obra de arte, que espero la venda en un instante.

—Veamos esa maravilla— contestó el merchante con cierta sorna.

Wolfgang desenvolvió la tela y se las mostró desde cierta distancia, para que se hiciera mejor a la idea de la composición.

—¡Pero si está en blanco!

—¿En blanco? ¿Cuánto hace que no se hace revisar la vista?

—Tengo una vista excelente y no veo otra cosa que un tela en blanco—, insistió el merchante, sin perder la flema, pues en el fondo sentía gran respeto por los artistas y sus opiniones.

Wolfgang dejó la tela sobre el escaparate y se armó de imaginación para sugestionar al buen señor, que seguía receloso. Pero en esto que se detuvo un lujoso carruaje frente a la tienda de cuadros, y de él descendieron dos personas ricamente trajeadas. Una de ellas era de aspecto imponente, con capa de fieltro sobre sus nobles hombros, chaleco bordado en oro, sombrero de copa, manejaba con soltura su bastón y llevaba unos impresionantes anteojos oscuros que le daban aire misterioso e interesantes. Tras señalar varias veces el cuadro expuesto por Wolfgang, sonó la campanilla y ambos caballeros entraron en la tienda.

—Buenos días señores —le dijeron al marchante, tras una respetuosas reverencia— desearía comprar un bonito cuadro para mi estudio. Mi ayudante me ha comentado que el del escaparate parece interesante.

El merchante no salía de su asombro. Cambió alguna cómplice mirada con el atónito Wofgang, se encogió de hombros, y como su trabajo consistía en complacer al cliente, le siguió la corriente.

—Sin duda, noble y entendido señor, es de uno de los pintores más afamados de Berlín, ¡Wolfgang Cornelius! Mire por donde casualmente está él mismo aquí en persona, ¡y no tenga en consideración su aspecto algo desmejorado, pero así son los buenos artistas!

—Es un honor, y ya que está aquí ¿podía él mismo describir su obra?

Wolfgang se puso algo nervioso, pues temió que su juego había llegado demasiado lejos, pero ante la insistencia del caballero y su creciente necesidad, se la jugó y le describió el imaginario cuadro.

—Como puede ver es la imagen de una bella hada, con toda probabilidad del Grunewald, subida sobre un cisne que sobrevuela el río Havel. Al fondo aparece un cielo pálidamente iluminado por las últimas luces del crepúsculo, y el disco rojo de un sol de poniente. Otros cisnes acompañan su vuelo en ordenada formación. Abajo brilla el agua del Havel, bordeado de bosquecillos ya en el inicio del otoño, de color amarillo, ocre y rojo aterciopelado. Sobre el agua navegan varios veleros de porte esbelta, dejando una brillante estela de espuma blanca. En las orillas, los pescadores lazan sus sedales en busca de las suculentas carpas y decenas de casas solariegas bordean el río, con sus bien cuidados jardines, donde no falta la réplica de un duedecillo barbudo y rechoncho...

—¡Se lo compro! —exclamó de pronto el caballero.

—¡Pero, noble señor, es que en realidad... —intentó protestar Wolfgang.

—¡No hablemos más, le doy 5.000 marcos!

—¡Muy agradecido, pero yo creo que antes!...

—¡Está bien, 10.000 marcos, pero ni uno más!

Tan firme era su decisión y tan de sorpresa cogió al pobre pintor y al asombrado marchante, que accedieron a la venta. Envolvieron cuidadosamente el cuadro y se lo entregaron al que parecía su criado.

—Sólo una impertinente pregunta —se atrevió a decir Wolfgang—, ¿puedo saber quién es usted?

—Por supuesto, soy Marcus Schlosstein, conde de Schlosstein. Soy ciego de nacimiento, y este es el cuadro más bonito que he visto en mi vida!»

—¿Qué, ¿te ha gustado el cuento? —me preguntó el hada.

—Pchsss, no se si les gustará —en realidad todavía no había salido de mi asombro.

—Dicen que cada vez que pasaba sus dedos por la tela en blanco veía el hada volando sobre el cisne blanco y el resto del paisaje.... ¡Bueno, si no te ha gustado no lo escribas y en paz! Y ahora me voy, que mis compañeras ya me andarán buscando. Nunca suelo perder tanto tiempo con un mortal, ¡y menos tan crecidito!

Y visto y no visto desapareció. Como no tenía otra cosa mejor que hacer ni se me ocurría un cuento mejor, lo pasé a limpio y aquí está. Espero que les haya gustado, aunque sólo sea por no hacer el feo al hada que me lo contó.

# Cuento de Navidad

Tadeus Shultz decidió suicidarse por Navidad, a la hora del ángelus, porque tenía pensado tirarse desde el Ángel de la Victoria.

—Es el mejor día —se dijo fumando tranquilamente una de las últimas colillas que se había encontrado en la boca del metro de la estación del tren de Zoologischer Garten de Berlín—. Si me espero a primeros de año casi seguro que se me pasan las ganas.

Bebía vino barato, comía de los restos que encontraba en las papeleras, eso cuando los cuervos dejaban algo, paseaba todo el día por los alrededores de la estación, excepto lo domingos que los pasaba dormitando en los bancos de las orillas del río Spree, y pernoctaba, si la policía no le molestaban, bajo el puente de la vía que hay en el Tiergarten, junto a la esclusa. Allí tenía su casa: un colchón grasiento, una silla de oficina sin ruedas, un parasol roto, una mesa vieja con dos patas y un árbol de navidad por el que había pagado 10 euros, adornado con papeles de colores y que los turistas le hacían muchas fotografías, las luces se las imaginaba.

—De este año no pasará —insistía machaconamente—. El año pasado me eché atrás en el último minuto, pero este año tengo más experiencia y sabré como suicidarme sin la menor duda.

Llegó el día señalado por su destino. Se camufló hábilmente de turista e invirtió su último euro en la entrada para subir por el ascensor. «No quiero matarme cansado», pensó juiciosamente.

Afortunadamente era un día frío, había nevado el día anterior y los turistas ni se molestaron en subir al ángel aquel día. Al encargado de los tickets le extraño aquel turista barbudo y sucio, pero lo más sospechoso era que no llevaba cámara fotográfica, ni digital ni analógica, por eso no le perdió de vista.

—¡Buenos días! —le dijo Tadeus golpeando el cristal con la moneda de euro para que viera que no era un indigente.

—Buenos pero fríos —le contestó el vigilante—. ¿Uno de ascensor?

—Hasta arriba, y luego ¡abajo!

—La bajada está incluida en el precio —observó el portero con toda profesionalidad y que no estaba acostumbrado al lenguaje de los suicidas.

—¿No estuvo usted el año pasado por esta mismas fechas?

—¡Yo mismo!

—¡Cómo pasa el tiempo!

No quiso seguir la conversación y entró en el ascensor, pero se hizo una lógica observación a sí mismo: «¡Es el último año que me ves por aquí, burócrata mal nacido!».

Le pareció algo caro tener que pagar un euro por suicidarse cuando en la vía del tren era gratis, pero Tadeus todavía tenía clase, no en vano fue un conocido escritor en su tierra natal, que ni él mismo ya recordaba cuál era, porque tampoco se acordaban en su tierra de él.

Le hizo gracia que hubiera que subir tan alto para luego bajar de un golpe y para siempre, pero así eran las cosas de los suicidas. Cuando salió a la terracita al pie del ángel, el viento era gélido, como suele ser en estos casos, pues no es corriente contar cuentos de suicidas en Navidad en un día soleado y sin una mala brisa que refresque el ambiente.

—Bueno, Tadeus, llegó el momento...

—¡Vaya ganas de suicidarse en un día como éste! —dijo una voz algo afónica y metalizada por la falta de costumbre de hablar en público.

Tadeus se sobresaltó, pero eso no quiere decir que se asustara porque estaba acostumbrado a las visiones, las alucinaciones y las pesadillas, pero este año había tomado una firme decisión y no estaba para escuchar a fantasmas. Pero la voz insistió.

—Si pudiera, yo me suicidaría pasada la primavera —insistió el ángel.

Tadeus comprendió la ironía y se hizo pronto a la idea de tener que cambiar impresiones con un trozo de metal alado.

—¿Por qué esperar a la primavera?

—No lo sé, yo no siento nada, ni en primavera ni en verano, pero la gente que viene por aquí dice que la primavera tiene un aroma especial... si pudiera sentirlo... ¡No sabes cómo te envidio!

Tadeus volvió a coger el ascensor de bajada, saludó al portero para que le recordara por si volvía al año siguiente, se fue a su puente y meditó largo rato las palabras del ángel. Finalmente ¡decidió suicidarse después de la primavera! ¿Qué había ocurrido? Lo de siempre, que había pasado un ángel justo cuando estaba a punto de tirarse de cabeza contra el asfalto.

Moraleja: Todos tienen un ángel de la guarda por Navidad, menos los más pobres. ¡Felices navidades a todos mis pacientes lectores!

**El perro de frau Goldschmidt**

### A mi amable portera, Frau Buhla

En el barrio berlinés de Charlotemburgo, no lejos de río Spree y a un paso de los jardines del palacio, vivía Frau Emma Goldschmidt, una anciana de buen carácter, ya algo torpe porque rondaba los ochenta, pero que pese a sus lógicos achaques, no paraba en casa ni un instante, pues no soportaba la soledad y le aburría la televisión.

Lo normal era verla dando de comer a las hambrientas gaviotas que revoloteaban histéricas entre lastimosos graznidos, o las feroces fochas, siempre peleándose entre ellas, o los atolondrados patos, pero sus favoritos, naturalmente, eran la pareja de orgullosos y ceremoniosos cisnes, que acompañados de sus últimas crías, se hacían los dueños de río.

Como se aproximaba Navidad, Frau Goldschmidt, garrota en mano y los ánimos listos, se dispuso a visitar el mercadillo de Navidad instalado en el patio del Palacio de Charlotemburgo. Desde hacía años tenía la costumbre de comprar un cuarto de kilo de jamón ahumado del Tirol a su amigo el Salzburgués, como se llamaba el tenderete, donde cada año ofrecía toda clase de ricas especialidad del Tirol.

— ¡Un cuarto de lo mismo, Hans! —le dijo al mozo del puesto.

— ¡Ni un gramo más, Frau Goldsmidt, y que se lo coma con salud y paz de Dios, que eso no debe faltarle!

— Uno de estos años ya no me verás por aquí, y donde pienso ir ¡ya no me aprovecharán tus pancetas!

— ¡No tenga usted prisa, que aquí no se está tan mal!

— ¡La soledad, amigo Hans; la soledad es lo peor! ¡Hace quince años que murió mi pobre Albert y todavía no me he acostumbrado!

— ¡Cómprese usted un perrillo, hacen mucha compañía!

— ¡Quita, quita, que engorro! Hay que sacarlos cada día a paseo, se hacen caca por todas partes y no te dejan dormir. Un gato, todavía, pero ¡pobre animal, no tengo edad para ocuparme de ellos!

Compró su jamón de cada año, lo metió en el bolso, se armó de valor, y después de despedirse hasta el año próximo (si Dios así lo quería) emprendió el regreso a su casa.

No hubo salido del concurrido mercadillo, cuando tal vez atraído por el olor del jamón o por simpatía hacía la anciana, Frau Goldschmidt observó que la seguía un perro de pequeño tamaño, peludo como un bola de algodón, morro fino, orejas tiesas y mirada vivaracha.

«¡Qué salado es este chucho!», pesó recordando el consejo del tendero tirolés, «¿Qué andará haciendo por aquí sin su dueño?». Pero no le dio mayor importancia y se concentró en su marcha, sobre todo al llegar al semáforo de la Otto-Suhr-Alle y la Kaiser-Frederich-Straße, que cruzaba en dos veces. Alcanzó el otro lado de la calle no sin cierto azoramiento en el último momento, pues este semáforo no está calculado para el paso lento de una anciana, y ya más tranquila, se detuvo un instante para comprobar que todo estaba en orden, ¡y allí estaba todavía el perro!

—¡Anda, vete con tu amo! ¿O es que te has perdido? ¡Válgame Dios, debe de estar hambriento el pobre chucho! —Frau Goldschmidt comprendió que debía ser el aroma del jamón tirolés lo que atraía al perrillo y, no sin cierto reparo, le echó una fina loncha—. ¡Toma y adiós! ¡Anda, vete, vete; no me vengas siguiendo que se ha cerrado el restaurante!

Pero el perro hizo el menor caso de sus órdenes y persistió en seguirla hasta que, una vez frente a la puerta de su casa, se vio ante el dilema de adoptarlo.

—¡Bueno, sube y ya veré que hago contigo mañana! No vas a quedarte en la calle en una noche como ésta, ¡pero sin armar alboroto!, ¿entendido?

El animal pareció entender la idea porque movió la cola con excitación y se plantó en medio de la puerta dispuesto a cruzarla el primero, como si se tratara de su propia casa.

Al día siguiente, y a la misma hora del anterior, Frau Goldschmidt ató el perro con un improvisado collar hecho con un cordón de cortina y con la habitual parsimonia de siempre regresó al mercadillo de Navidad, por si los dueños del perro aparecían. Paseó arriba y abajo con el animal, recorrió el mercadillo varias veces, lo que le llevó algo más de una hora, y en vista de que nadie reclamaba el animal no tuvo otra opción de adoptarlo ella misma. De regreso a casa, reconoció que se alegraba por lo sucedido.

—¡Venga para casa!, y a partir de ahora te llamarás Dodo, como el perrillo que teníamos en casa cuando yo era una niña. ¡Si no te gusta, te aguantas, que para algo te daré de comer!

La anciana se hizo con una ramita de abeto, compró un juguete de perro, lo envolvió cuidadosamente y lo prendió de la rama, junto con otras chucherías para ella misma.

—¡No vallas a abrir tu regalo antes de Navidad! —advirtió al perro.

Anciana y perro pronto se hicieron el uno al otro. Para no cansarse, el animal llevaba el mismo su juguete hasta los jardines próximos, allí lo dejaba en el suelo y ella le daba un golpe con el bastón, lanzándolo unos cuantos metros. Lo recogía retozón, caracoleaba como si le hubiera costado alcanzarlo y vuelta a empezar. Al final, cuando comprendía que la anciana estaba cansada del juego, él mismo recogía su juguete y en la boca lo llevaba de nuevo a la casa. Allí hablaban de mil cosas, la mayoría eran sobre recuerdos entrañables de su otro Dodo infantil.

Pasaron los meses. Se marchitaron los rosales, cayó la primera nevada y de nuevo eran días de Navidad. Como cada año, Frau Goldschmidt, ya con su perro, y provisto de un flamante collar con luz intermitente, se presentó ante el puesto del tirolés para comprar su cuarto de kilo de jamón ahumado habitual.

—¡Vaya, veo que me hizo caso y se compró un perrito!

—No te lo creas, Hans: ¡me ha comprado él a mí!

Pero de pronto el animal tiró con tanta fuerza del collar que estuvo a punto de derribarla.

—¡Tarzán; mi Tarzán! Papi, ¡es nuestro Tarzán!

En efecto, el animal se abalanzó sobre un niño a quien sin duda reconocía y debía sentir gran afecto por él, porque la cola se le movía a una velocidad de vértigo. Frau Goldschmidt palideció al instante, porque enseguida comprendió la situación: ¡eran los dueños del perro!

La familia residía en la vecina localidad de Oranienburg y cada año visitaban el mercado de Navidad de Charlotemburgo, y en un descuido el año anterior extraviaron el perro. Ahora lo habían recuperado.

Pero Herr Haussmann, como se llamaba el cabeza de familia dueña del perro, era una persona de elevados principios y alto sentido de la justicia, por lo que se preguntó si después de tanto tiempo tenía o no derecho a reclamar el animal.

—Si es suyo es junto que lo recuperen. Ha sido una buena compañía y lo voy a echar de menos, pero el niño también. ¡Qué le vamos a hacer! —comentó la dolida anciana.

Herr Haussmann no creía justo tomar sin más esa decisión y optó por una solución salomónica para resolver el dilema, que el niño tardó en aceptar, pero finalmente lo encontró razonable: ¡que el perro decidiera!

Fueron al parque cercano, se situaron uno frente al otro a cierta distancia y en medio dejarían el perro, sería para aquel que el animal decidiera como dueño. Herr Haussmann dejó el perro en el lugar acordado y el niño, tal vez por el nerviosismo, no pudo reprimirse y llamó al animal por su viejo nombre: ¡Tarzán, ven Tarzán! El animal no lo dudó, dio un salto y echó a correr hacia el niño. La pobre anciana parecía resignada, pues lo consideraba lo más natural. Pero, de pronto, cuando apenas había recorrido unos metros, el animal, como si comprendiera la traición que estaba a punto de cometer, se detuvo en seco, miró a la compungida anciana, y de otro salto, salió corriendo hacia ella, lo que animó a la pobre señora. Pero, otra vez frenó el animal en seco cuando apenas le faltaban unos metros para llegar donde estaba Frau Goldschmidt. Esta vez el perro se quedó indeciso, ¡el pobre animal no sabía hacia dónde ir!

Entonces Herr Haussmann, hombre justo y de elevados principios, decidió poner fin al dilema de perro y tomó la única decisión posible, dadas las circunstancias:

—Frau Goldschmidt, el pobre animal no sabe por quién decidirse, no hay más que una solución, ¡que se venga usted a vivir con nosotros!

De esta manera el niño recuperó al mismo tiempo su perro y a una abuela, pues la suya había muerto dos años antes, ¡y ya se sabe que los niños no se sienten en familia si les faltan los abuelos!

# El doble milagro de Kreuzberg

Alí Hassan era un comerciante árabe, de origen sirio, que tenía una modesta tienda de alfombras en la populosa Oranienstraße, en el corazón de del barrio de Kreuzberg. Era un buen devoto musulmán, rezaba sus oraciones diarias, respetaba las prohibiciones y cumplía escrupulosamente con la vigilia del Ramadán.

Por aquellas ironías del destino, su vecino comercial era un ruso moscovita, Vladimir Ivanoff, especializado en arte ruso e iconos, fiel cristiano de la iglesia ortodoxa, adorador del Espíritu Santo, devoto de la Virgen María, respetuoso con su patriarca, conocedor de una veintena de himnos religiosos que cantaba con su voz grave y profunda en su iglesia ortodoxa de Berlín.

Pese a las diferencias religiosas y sus dispares costumbres, tenían algo en común, el gusto por una buena taza de té con hojaldres turcos que les servía de la repostería una manzana más arriba. En ocasiones, si no estaban muy atareados, compartían una humeante taza de buen té amenizada por una reñida partida de ajedrez.

—Querido Alí, el ajedrez es un juego pensado para los rusos. No porque seamos más inteligentes que los árabes, pero somos más calculadores y astutos.

—No hay pueblo más hábil para el cálculo que el árabe, no en vano fuimos nosotros los que inventamos los números.

Rivalizar entre sus respectivas culturas y religiones era algo más que una cuestión personal, pues cada uno de ellos se sentía el representante en este mundo de Alá y el Dios de los cristianos.

Alí Hassan tuvo una mala racha en su negocio de alfombras, que cada vez eran más caras y más escasos los clientes amantes de las alfombras persas anudadas primorosamente a mano, y las deudas y apremios le amargaron algo el carácter. Finalmente el banco y sus acreedores amenazaron con llevarle ante el juzgado y su negocio estaba en el aire.

Vladimir no estaba al corriente de su situación económica, pero Alí perdía las partidas con demasiada facilidad y apenas se concentraba. Finalmente quiso saber la razón de su distracción y hasta arranques de mal humor y consiguió de Alí una sincera confesión:

—¡Los negocios van mal, Vladimir! Vendo alfombras demasiado buenas y caras para los tiempos que corren. Si no sucede un milagro tendré que cerrar. Pero Alá es justo y yo soy un buen musulmán, estoy seguro de que no me abandonará.

Tampoco el negocio de Vladimir era nada especial, pero a diferencia del de Alí, supo adaptarse a los tiempos y hacerse con piezas de escasa calidad, pensadas sobre todo para los turistas, que sumado a una vida casi de anacoreta, le había permitido una respetable posición. Lo consultó con la almohada y tomó la decisión de ayudar a su amigo pero en secreto. De manera que a través de un amigo hizo que le comprara la mejor alfombra que tuviera, sin escatimar en el precio. Hecha la operación, Alí se presentó en su tienda sonriente y feliz.

—¡Ya te lo dije, Vladimir, que Alá no podía abandonar a un buen creyente! Acabo de vender la mejor alfombra que tenía en la tienda por 2.500 euros, y sin regatear. ¡Ha sido un milagro! ¡Alá sea loado por acordarse de este modesto creyente!

Pero Vladimir tenía su propia opinión que obviamente se calló: «Bendito sea el Dios de los cristianos que es misericordioso y bueno, y ha inspirado mi caritativa acción». Y así quedaron las cosas.

Alí pagó algunas deudas y el negocio se recuperó con la llegada del invierno.

Una fría mañana de enero Alí se extrañó de ver la tienda de Vladimir cerrada en un sábado por la mañana, el mejor día para los turistas extranjeros que visitaban su tienda. Alí sabía que su amigo padecía del riñón, pues no podían terminar una sola partida del ajedrez sin vaciar la vejiga varias veces, pero no parecía que fuera tan grave como para impedirle atender sus negocios. Preocupado, llamó a su domicilio y le comunicaron la notica: había sido ingresado en urgencias porque era necesaria un operación de riñón, de la que no quiso escuchar los detalles, pues sin pensárselo dos veces, cerró su propia tienda y acudió al hospital.

—¡Querido Alí, hoy no podremos hacer la partidita! Pero ¿por qué te has molestado? ¡Te lo agradezco igual! Anda vuelve a tu tienda, que no están los tiempos como para perder ventas.

—¿Qué dicen los médicos?

—Lamentablemente no pueden operar; no tienen sangre como la mía. ¡Soy un ruso raro, Alí, no hay dos como yo!

Alí Hassan se despidió de su amigo preocupado por la situación, porque él no entendía de esas cosas. En el pasillo del hospital se cruzó con el facultativo que lo atendía y quiso saber con certeza la situación de su amigo.

—¡No hay sangre de su grupo, no podemos operar!

—¿Cómo se sabe eso de la sangre? ¿No podría servir la mía?

—Podemos hacerle un análisis, quién sabe... no se pierde nada por intentarlo.

Dio la casualidad de que compartían el mismo tipo sanguíneo y Alí proporcionó la sangre necesaria para que la operación se pudiera realizar.

Una semana después, débil y demacrado, Vladimir volvió a su tienda y lo primero que hizo fue visitar a su amigo para darle la buena nueva.

—¡Ya estoy como un toro, amigo Alí! ¡Pero no es gracias a los matarifes, sino a la misericordia de mi Dios, que hizo el milagro de encontrar un donante en el último instante! ¡Es un verdadero milagro que siga vivo!

Pero Alí Hassan tenía otra opinión, que obviamente también se reservó: «Loado sea Alá y su infinita sabiduría que me ha dado el valor para atender a un buen amigo».

Meses después ambos amigos seguían polemizando sobre el valor superior de sus respectivas religiones, pero por la buena amistad que les unía, nunca revelaron sus respectivos secretos.

# Las palomas mensajeras del muro de Berlín

Otto y Frank Mayer eran dos hermanos berlineses que residían en el barrio de Mariendorf y Neuköln respectivamente. Los dos tenían una pasión en común: las palomas mensajeras, que cuidaban en sus pequeños bungalows de colonias en las márgenes del Tellowkanal, en sus respectivos barrios.

Se intercambiaban mensajes entre ellos y competían en los principales concursos locales, quedando siempre ganadores o finalistas.

Cuando en 1961 se empezaron a levantar las primeras barricadas del muro de Berlín se encontraron, de la noche a la mañana, separados sin ninguna posibilidad de volverse a reunir es sus habituales comidas campestres veraniegas en sus respectivos bungalows, o por Navidad en la casa de alguno de ellos, junto con su numerosa familia y prole.

Todo lo más, y mientras las barricadas no eran más que una burda alambrada, podía verse y hablarse, casi siempre para lamentar la situación o comunicarse alguna nueva familiar. Los niños eran los que más padecían la separación, pues entre primos las relaciones eran cordiales y divertidas.

Cuando por fin se levantó el muro y no era posible verse de uno a otro lado, decidieron utilizar sus palomas mensajeras para seguir enviándose mensajes, y así dio comienzo una actividad de estos nobles animales, que sobre todo por Navidad, no paraban ni un instante.

«Querido Frank, mamá ha sufrido un ligero ataque de corazón, sólo una taquicardia pasajera, pero nos ha alarmado a todos. Ahora ya está bien, pero el cardiólogo nos ha prevenido, porque a su edad... bueno ya te lo imaginas... Es una desgracia que no puedas estar a su lado... Te envía recuerdos, y besos para los niños.»

Este era el tipo de mensajes que se enviaban prácticamente un día sí y otro no. Pero tanta actividad de sus pájaros llamó la atención de la Stasi (la policía política de Berlín este) y decidieron seguir el rastro de las aves hasta que dieron con el palomar de Frank. Un domingo por la mañana, cuando el hermano estaba recibiendo su último mensaje, la Stasi irrumpió violentamente en su palomar y prácticamente le arrancó de las manos la paloma que traía el nuevo mensaje. Decía así:

«Querido Frank. Me alegra lo que me dices en tu último mensaje, de que la situación allí no sea tan mala como imaginamos por aquí, y que el Gobierno os provea de lo esencial. Por desgracia en este lado las cosas no son tan halagüeñas. No se han reconstruido las fábricas. Las pocas buenas empresas que había antes de la guerra se han trasladado a Francfort o a Munich. Nuestra casa se está quedando vacía, pues la mayoría de los vecinos están emigrando fuera de Berlín, y si las cosas siguen así, aquí no quedarán más que los viejos. No sé qué va a ser de nosotros. Es probable que tengamos que emigrar también. Hay que pensar en el futuro de los niños.»

La policía secreta estaba encantada con el mensaje y decidieron utilizarlo para su propaganda, invitando a Frank a un programa de la televisión estatal; invitación que obviamente no podía rechazar.

Para dar la sensación de veracidad, trasladaron las cámaras al palomar de Frank, hicieron un montaje como dando a entender que la paloma acababa de llegar con el mensaje. Frank debía abrirlo y leerlo en directo a las cámaras de la televisión en la hora de mayor audiencia.

Frank estaba nervioso porque la paloma podía hacer mal su papel y no llegar con el mensaje, tal y como estaba previsto, pero no tenía más remedio de obedecer.

Soltó el pájaro, dieron la orden de «acción», las cámaras empezaron a grabar en directo y la paloma, como estaba previsto, apareció en el palomar. Frank desató el mensaje y lo leyó en directo:

«Querido Frank, tengo una triste noticia para ti y lamento que tenga que comunicártela con una paloma y no de viva voz, como hubiera sido el deseo de la familia: ¡Mamá murió anoche de una ataque al corazón!»

Al principio hubo cierto desconcierto, pues ese no era el mensaje previsto, sin duda que se trataba de otra paloma. Frank soltó el animal y, totalmente abatido, comentó ante las cámaras de la televisión:

«Y ahora, ¿cómo voy a ir a su entierro?»

El realizador, fuera de sí, dio la orden de quitar la voz y cambiar de plano, enfocando la bandada de palomas que Frank, en una arranque de ira, había decidió liberar. Todas, instintivamente, volaron hacia el oeste de Berlín.

**La increíble historia de Katherine von Stein**

Katherine von Stein fue una joven aristócrata perteneciente a una ilustre familia del Electorado de Holstein-Battenberg. A los 24 años fue nombrada dama de compañía de la emperatriz Isabel Cristina, esposa del Federico II de Prusia, y la familia trasladó su residencia a Postdam, donde se hicieron construir un bello palacete cercano a Sans-Souci.

Pasaron los años entre elegantes fiestas en Sans-Souci, Charlottenburg o en el palacio del Príncipe en Berlín; largos y divertidos paseos campestres a caballo por el Tiergarten y los alrededores Wannsee, almuerzos campestres amenizados por los mejores músicos de cámara de la época y los poetas más renombrados de Europa, y solemnes espectáculos de ópera, entre las que había alguna obrilla del propio emperador, aficionado a la música y flautista aceptable.

Pero Katherine no tenía el don de la sencillez, por el contrario era altiva, engreída y hasta un poco soberbia. Tenía suficientes motivos para su comportamiento, pues era verdaderamente hermosa, poseía una considerable fortuna familiar y prácticamente se puede decir que era la dama favorita de la misma emperatriz.

Tocaba el chénvalo con sensibilidad, y no le cortaba en absoluto entonar alguna cancioncilla de moda para la pareja imperial, quienes la tenía en tanta estima que no encontraba pretendiente adecuado para tantas cualidades personales.

—La señorita von Stein tiene edad de contraer matrimonio —comentaba el emperador con su serenísima esposa durante las interminables veladas invernales en Sans-Souci.

—¡Déjala que disfrute de la vida! No es pieza para cualquier cazador y no quiero darla a un príncipe extranjero. La casaremos cuando Dios nos de la luz y demos con el pretendiente adecuado.

Por su parte Katherine von Stein tampoco parecía interesada por su futuro y disfrutaba ofendiendo la vanidad y hombría de los más aguerridos soldados próximos a la familia imperial y a no pocos jóvenes aristócratas provincianos que residían en Berlín. En total había provocado 16 duelos, con tres muertos, seis heridos graves y siete leves.

Tantas cualidades y tanta soberbia no podía pasar desapercibido al propio Diablo, y él mismo en persona decidió seducirla.

La ocasión se presentó en primavera, durante el regreso de Katherine a su palacete desde Sans-Souci, que animada por las templadas temperaturas y el embriagador perfume de las madreselvas y los floridos rododendros, solía hacer a pie y sin compañía. El Diablo aprovechó la primera oportunidad, y disfrazado de capitán de Dragones, se hizo el encontradizo, montado sobre un negro y brioso corcel, preciosamente engalanado para la ocasión. Como buen experto en camuflajes el Diablo había cuidado su aspecto personal, y lucía uniforme de gala de Dragones, charretera bordada sobre el hombro, camisa de seda blanca inmaculada, espada reluciente, botas recién lustradas hasta la misma rodilla, cabello rebelde, negro y ensortijado, ojos verdes de mirada burlona y perversa, hombros sobrados y talle esbelto, ¡en fin, irresistible!

Detuvo el corcel a su altura, desmontó briosamente, y de un ágil salto se puso a su vera. Katherine ni se inmutó, no era el primer capitán de Dragones que había estrangulado su caballo para admirar su belleza.

—Disculpe mi impertinencia, señorita, pero al verla de lejos con ese majestuoso porte, ese andar principesco y la suave cadencia de su hermoso vestido, creí que se trataba de la mismísima emperatriz Isabel.

Pero Katherine no hizo el menor gesto, y prosiguió su marcha como si el Diablo fuera el mismísimo jardinero real.

—Y ahora que la veo más de cerca —prosiguió el Diablo de acuerdo a un plan largamente ensayado en infinidad de ocasiones— siento el mareo de su femenina hermosura. Es usted más bella de lo que un pobre mortal puede imaginar. ¿Que artista celestial ha podido dibujar ese rostro, fino y delicado como la porcelana de Hesse, o la seda de Pekín?

El Diablo solía echar siempre mano de tópicos sagrados porque conocía el contradictorio carácter de las mujeres hermosas: les gustan los santos, pero no como maridos. Pero Katherine seguía sin inmutarse, a pesar de que la última andanada de elogios la había dejado ligeramente tocada.

—Si usted se dignara dirigirme la palabra sería el Di... el Dragón más dichoso de este mundo y yo solo sería capaz de rendir París, para ponerla a sus delicados pies.

Tal vez fuera la mención de París lo que debilitó las defensas de la altiva dama, porque se le escapó una traidora sonrisa, que el Diablo interpretó correctamente como la primera andanada directa al corazón de Katherine.

—Pero si me rechaza me iré de cabeza al infierno... —el Diablo estuvo a punto de meter la pata, pero tuvo reflejos y evitó el desastre—, ¡donde sería más dichoso que viviendo en este mundo sin esperanzas de ser correspondido! —lo arregló bastante bien sin caer en falsedades.

Por fin Katherine, derrotada y desarbolada, no pudo evitar rendir la plaza que durante más de 28 años había defendido ella solita contra una legión de fogosos pretendientes.

Un mes después Katherine von Stein, bendecida por los emperadores, se casó con el Diablo, que se hizo príncipe y elector de un rico principado del Imperio. Tuvo media docena de preciosos y saludables diablillos y dicen que se fue de este mundo, ya a los 102 años, convencida de que nunca perdió su atractivo y su belleza, porque el perverso del diablo de su marido nunca dejó de adularla.

Durante su dilatado y feliz matrimonio Prusia gozó de una larga época de paz y prosperidad, porque el Diablo andaba siempre ocupado con sus asuntos domésticos.

**El tranviario aventurero**

*A Christa Klein*

Mathias Klein era un tranviario berlinés que desde 1956 hacía el recorrido entre Hackerscher Markt, la popular zona de cafés de Mitte, y Pankow, un laborioso barrio al norte de la ciudad.

Había cumplido ya la edad del retiro obligatorio y la noche del 31 de diciembre de 2006 hacía su último viaje.

—¡No vayas ahora a ponerte sentimental, Mathias, a todos nos llega el día; son cosas de la vida!

—Voy a echar de menos el tranvía, pero casi me alegro por no volver a pegarme estos madrugones. ¡Si se pudieran rehacer los tranviarios como se rehacen los tranvías!... Ya están los niños lanzando petardos y ni siquiera es el medio día.

—Para ser tu última noche va ha ser movida.

—Espero que no tengamos ninguna desgracia.

El primer recorrido fue tranquilo. Como era lunes, la viejecita de la Marienburger Straße visitaba a su hija, en Pankow, y apareció con su retraso habitual porque se le atascó una vez más el andador en el mismo hueco del pavimento de siempre.

—¿Cuando se comprará usted un andador nuevo, Frau Katta? ¿No ve que este tiene las ruedas muy pequeñas y se atasca?

—Mathias, que para lo que me queda de vida sería un gasto inútil. Y tú, a ver si paras este cacharro un poco más arriba, que aquí hay un escalón.

—¡Es la parada, Frau Katta! Mande usted una queja al concejal o al ministro. ¿Qué, a casa de los nietos? Ya estarán hechos unos caballos de tiro.

—¡Hermosos, Mathias, que sólo me duele dejar este mundo por no verlos casados y dichosos, que lo serán, pues de casta les viene su buen juicio. Su abuelo fue diputado en Weimar, y si viviera ¡las paradas de los tranvías estarían donde deben de estar, como siempre han estado!

Todavía recogió a varios parroquianos habituales y se preguntó qué sería de toda esa buena gente con un nuevo tranviario. ¿Llegaría a conocer a sus viajeros por su nombre de pila? «No; estos son otros tiempos», se dijo.

Al anochecer los viajes se hicieron más penosos, grupos de jóvenes ya se calentaban para la gran noche berlinesa de fin de año, invadiendo las vías sin la menor atención al paso de su tranvía, y ya le dolía el pie de tocar el timbre de aviso. Por si fuera poco la noche se volvió fea y brumosa. Desde la Tor Straße caía una densa niebla que le irritaba los ojos. «Ya me toca el retiro, cada año me cansan más lo viajes. ¡Y estos ojos!».

El último viajero descendió en la Borkum Starße, y hasta el hangar donde aparcaría por última vez su tranvía haría el viaje solo. En tan corto trecho le sobrevinieron decenas de imágenes de forma abrupta y desordenada, pero la más penosa fue la del accidental atropello de un borracho, la Navidad de 1978. Recordaba el día y el año como el de su nacimiento. «No fue por mi culpa, los tranvías de entonces no frenaban como los de ahora. ¡Esté donde esté, espero que me haya perdonado el pobre diablo!».

Unos metros antes del garaje le sorprendió que le cambiaran las agujas y en lugar de entrar al hangar, le devolvían a la ciudad. «¿Será que hoy tenemos servicio extra? Pero ¿por qué no me han avisado? Hubiera podido guardar un poco de café. ¡En 47 años de servicio no me había sucedido nada igual!»

La niebla se hizo tan espesa que Mathias apenas sabía por dónde circulaba y ni siquiera era capaz de distinguir las paradas. A decir verdad, no circulaba por su linea habitual y no tenía ni idea de dónde estaba. No había razón alguna para detener el tranvía: ni semáforos ni paradas ni siquiera había circulación. Las calles estaban desiertas, lo que le sorprendió tratándose de Noche vieja. Como era un conductor responsable no podía dudar de sus superiores y si le habían mandado circular por ahí, por alguna razón sería.

Tal vez pasaran varias horas cuando por fin la niebla despejó, casi cuando el día empezó a clarear, y por fin pudo hacerse una idea de dónde se encontraba y para sus sorpresa estaba lejos de la ciudad, y circulaba por lo que parecía una interminable estepa, salpicada de alguna densa arboleda, a la derecha un inmenso lago y al otro lado se recortaban unas lejanas montañas, blancas y brumosas. No le extrañó verse en un lugar semejante, pues siempre había pensado que el tranvía debería llegar a los más remotos lugares de la tierra, y por fin parecía que las autoridades responsables le habían dado la razón.

De pronto, entre una gran arboleda cercana apareció lo que sin duda era un hermoso ejemplar de tigre siberiano. «¿Así es que estoy en Siberia? ¡Siempre había soñado poder venir a Siberia y ver estos gatos impresionantes, cuando vuelva a Berlín mi mujer no se lo va a creer!».

Contento por lo atractivo de su último viaje, casi sin darse cuenta se encontró ante la Gran Muralla china, pero las autoridades habían previsto su paso y abierto un espacio para el tranvía. Apenas cruzó la muralla, y se vio dentro de un espeso bosque de bambú, sumido en una misteriosa neblina, pero eso no impidió ver una gran y solemne osa Panda con sus dos cachorros, que ni se inmutó ante el paso del tranvía de Mathias Klein. «¡Igual que la del Zoo de Berlín, pero al natural!».

Mathias se empezó a animar verdaderamente y decidió que a su regreso escribiría un relato con sus aventuras, ¡nadie se lo iba a creer! Un instante después se levantó la niebla y lució un sol de rigor, desaparecieron los bambúes, y de improviso se encontró ante una caravana de camellos, en pleno desierto, afortunadamente tuvo tiempo de aminorar la marcha y evitar una desgracia, incapaz de hacerse una idea de qué desierto podía ser. Pero la visión de una gran pirámide, ya en el horizonte crepuscular, le hizo suponer que no estaba muy lejos de El Cairo. ¡Ese había sido otros de sus viajes más soñados y por fin, y sin salir de su tranvía, lo estaba realizando!

Paso casi rozando la gran pirámide de Keops y tan distraído estaba en su contemplación que apenas se apercibió del nuevo cambio del paisaje, sólo comprendió lo sorpresivo del cambio cuando se cruzó con un grupo de elefantes ricamente ataviados, montados por ágiles conductores tocados de vistosos turbantes. Por suerte no se espantaron al paso de su tranvía y en un santiamén se encontró ante la impresionante silueta del Tajmahal. «¿Cómo es posibles que mis superiores me hallan mandado por los lugares que siempre había soñado visitar?». Se preguntaba Mathias una y otra vez, pero sin distraer su atención para no perderse el mínimo detalle, sobre todo ahora que había decidido escribir su relato.

Todavía pasó por maravillas y otros lugares interesantes con los que siempre había soñado como el monte Fujiyama en Japón, el Golden Gate de San Francisco, el Gran Cañón de Colorado, la Quinta Avenida de Nueva York, que para su llegada había inaugurado una nueva líneas de tranvías, por lo que fue recibido en olor de multitudes, casi como lo hicieran con Charles Lindbergh.

Finalmente, algo fatigado pero todavía presa de la excitación del viaje, comprendió que estaba llegando a su fin, porque se vio cruzando el puente de hierro de Colonia, lo que le indicaba que de nuevo estaba en Alemania.

Lo cierto es que su corazón se llenó otra vez de júbilo cuando desde lo lejos vio la entrañable y familiar silueta de la Puerta de Brandemburgo. Sin embargo le extrañó que pudiera circular por el Tiergarten, donde hacía años que había retirado los tranvías. Para su sorpresa, en el tiempo en que duró su extraño y apasionante viaje alrededor del mundo sin salir de su querido tranvía, las autoridades berlinesas había decidió tender una nueva vía que incluso pasaba por debajo de la misma emblemática puerta. Así es que Mathias Klein se disponía a ser uno de los primeros tranviarios en cruzarla.

Pero de improviso, apenas se vio en la Pariser Platz, se hizo un gran tumulto que le impidió continuar. «¿Jugará el Bayer en Berlín?», se dijo. Pero en realidad ese tumulto, que agitaba miles de banderitas con los colores de Berlín y el símbolo de la empresa municipal de transportes, ¡le estaban esperando a él, pues había sido el primero en dar la vuelta al mundo en un tranvía!

La banda de música se arrancó con marchas triunfales y una delegación de responsables de los tranvías de Berlín y de toda Alemania le recibió y le invitó a que subiera a una improvisada tribuna, donde le esperaban todas las autoridades locales, incluida la canciller del Gobierno federal, Ángela Merker, quien con su habitual simpatía estrechó calurosamente su mano, posando para las cámaras de la RBB y otras cadenas, incluida la BBC, la CNN y Al-Yasira. Incluso había una delegación del libro de récords Guiness.

Mathias Klein se puso muy nervioso, pues estrechar la mano de la nueva canciller, que era de su misma ciudad del este de Alemania, a quien votó en las últimas elecciones, había sido otro de sus sueños y no se podía creer que, el mismo día de su jubilación, pudiera también realizarlo.

También estaba el presidente del Gobierno federal, Horst Köhler, quien sonriente como siempre y orgulloso de contar con un ciudadano tan ejemplar, se dispuso a ponerle la medalla al mérito de toda una vida de responsable dedicación laboral.

«—Querido Mathias Klein —le dijo el Presidente en tono solemne pero familiar—, te condecoro en nombre de la ciudad de Berlín, a quien has servido con alegría, entusiasmo y dedicación profesional. ¡Que tu vida sea un ejemplo para la joven generación de tranviarios!».

A Mathias Klein casi le saltaron las lágrimas de la emoción al escuchar el himno nacional, que interpretaban en su honor. Se puso la mano sobre el corazón y pese a sus esfuerzos no pudo evitar que se le escaparan dos o tres lagrimones de persona adulta, que corrieron por su mejilla, hasta perderse en el blanco cuello del uniforme de tranviario.

El cuerpo de Mathias Klein lo encontró la señora de la limpieza del hangar de los tranvías, sobre las 6.30 de la mañana.

—¡El pobre tenía la mano en el corazón! Seguro que se ha ido al otro mundo por causa de un ataque cardiaco repentino. ¡Esta vida de los tranviarios tiene tantos peligros!...—comentó al juez de paz y a los periodistas que acudieron para cubrir el caso. El tranvía 4056 circuló al día siguiente, año nuevo, y Mathias Klein fue enterrado dos días después. Su mujer se lamentaba de que su pobre marido, después de viajar toda su vida conduciendo un tranvía berlinés, no había tenido la oportunidad de visitar tantos y tan bonitos lugares de los que no paraba de hablar.

**El extraño caso del librero de Schöneberg**

Herr Karl Hellermann tenía una pequeña librería de antiguo en el barrio berlinés de Schöneberg, no muy lejos de la plaza del Ayuntamiento. Gozaba de gran reputación. Poseía una buena colección de libros de gran valor y hasta se decía que guardaba para su propio deleite un incunable publicado en los albores de la imprenta, en la noble ciudad de Halle.

No tenía otra distracción que sus libros y su vida sentimental quedó truncada con el fracaso de su primer amor, que nunca superó. La amante desleal se llamaba Margarita y prefirió a un obrero metalúrgico que a un estudiante de filología alemana, cuya salida laboral ella no entendía. La verdad es que ni él mismo supo la razón por la que se enamoró de semejante mujer, pero, aún así, todavía la respetaba.

No tenía mayor placer que abrir cajas de libros procedentes de sus eventuales compras de librerías familiares, por ver si aparecía algo especial. La última compra había sido reciente y estaba por abrir. Se trataba de la librería familiar de Frau Jutta Heiser, una anciana viuda reciente, que se había visto obligada a trasladarse a un pequeño estudio en la zona norte, en Reinickendorf, un lugar más tranquilo que la ruidosa Postdamerstraße, donde vivía con su letrado marido.

—Mi pobre Rudolf le tenía mucho afecto a sus libros, tanto que los tenía guardados con llave y no me dejaba ni limpiarles el polvo. Sentía pasión por Goethe. Si mira por ahí verá que deben de estar todas sus obras.

—¿De qué murió su pobre marido?

—A decir verdad, no lo sé. Me lo trajeron a casa frío como un fiambre. Parece que debió darle un ataque en la Biblioteca, que salía visitar los viernes hasta las tantas.

—Las bibliotecas las cierran a las cinco.

—Pues la suya sería alguna especial, ¡qué se yo! Ya le digo que era un gran devoto de los libros, ¡sobre todo los de Goethe!

—Ya entiendo...

Revisó la primera caja y no vio nada especial, pero de cada libro que hojeaba caía algún grabado o fotografía, eróticas, desde luego, lo que le hizo comprender las causas de su muerte y el celo por sus libros.

En efecto, estaban todas las obras de Goethe, y por fin Herr Hellermann encontró algo de relativo valor: una edición del «Fausto» de 1848, pero con una dedicatoria fechada en 1914. «A mi querido Rudolf, para que no se olvide de su Margarita, y de que ha vendido su alma al diablo».

Hojeó con cuidado el libro, porque sin duda que debía de haber una foto de la tal Margarita y sentía verdadera curiosidad por conocer aquella mujer, que había sido capaz de condenar tan alegremente a uno de sus amantes.

En efecto, en la página 186 apareció el grabado de una tal «Margaretha Geertruida Zelle», alias «Matha-Hari».

No era el grabado habitual de los libros de historia, sino uno más privado y personal, tal vez dedicado al tal Rudolf, aunque las fechas no le coincidían. La Mata-Hari posaba completamente desnuda, mas habitual en ella que vestida, con dos botones que cubría púdicamente sus dos pezones. ¡Algo tenía que cubrirse!

«¡Buena hembra!», se dijo Herr Hellermann para sus adentros, «No me extraña que tantos hombres perdieran la cabeza por ella. ¡Hasta yo vendería mi alma al diablo por pasar una noche con semejante mujer!».

—¡Eso tiene fácil arreglo! —dijo una voz que Herr Hellermann interpretó como surgida de su subconsciente, pero que no era sino el fruto de su imaginación.

—¡Puedo ofrecerte una semana entera!

—¡Bah, imaginaciones mías! ¡No te dejes sugestionar, Karl, estas cosas suceden a cierta edad!

—¡No; en serio! Hasta una semana y sin problemas con los autoridades francesas y alemanas.

—¿Una semana con Matha Hari por el alma de un honrado librero berlinés? ¡Demasiado barato!

—Está bien, veo que como buen tendero sabes negociar. ¡Te ofrezco todo el tiempo que quieras!

—No creas que caeré tan fácilmente, pero ya que te empeñas, que la Matha-Hari se presente ahora mismo aquí en mi tienda y ya hablaremos.

—Las cosas no funcionan así tienes que ser tú el que vayas a su época. ¿Qué te parece Berlín en 1914?

—¡Acepto! Siempre he deseado vivir en Berlín de principios de siglo.

Como por encanto las paredes de la librería empezaron a desvanecerse e instantes después se encontraba en un famoso cabaret de la Friederichstraße, en los primeros días de agosto de 1914, donde la Matha-Hari actuaba ofreciendo uno de sus exóticos bailes orientales de su invención.

Terminada la actuación, la bailarina en persona se presento en su reservado y sin muchas presentaciones se rindió prácticamente a sus pies. Mefistófeles observaba la amorosa pareja desde un discreto lugar, y lo más asombroso es que para no desentonar, Herr Hellermann había recuperado su lozana juventud.

La pareja disfrutó de todo cuanto la naturaleza puede dar a un hombre y una mujer, recomendados por el mismo diablo, naturalmente respetando sus responsabilidades de doble espía, que requerían ciertas ausencias que aprovechaba Herr Hellermann para visitar las librerías berlinesas de entonces, su otra pasión.

Como la situación se ponían fea en Berlín, viajaron a España, donde su pasión amorosa se vio estimulada por los encantos propios de este país, en especial por la sangría. Pero las cosas empezaron a cambiar cuando los celosos franceses sospecharon de la Matha-Hari, no sin razón, pues su cuenta bancaria estaba tanto en francos como en marcos, por lo que era evidente que cobraba de ambos bandos.

En un descuido imperdonable, Matha-Hari fue a recoger su paga habitual a las oficinas del Elíseo y fue detenida, junto son su apasionado amante, Herr Hellermann, que siempre la acompañaba.

El juicio casi no fue necesario y se acordó su fusilamiento casi por unanimidad. El 15 de octubre de 1917 (tres años duraba la el romance de Herr Hellermann con la Matha Hari), ambos fueron conducidos ante el pelotón de ejecución:

—¡Pelotón, armas al hombro! ¡Apunten!...

—¡Herr Hellermann, Herr Hellermann!

—¿Quién?... ¡Ah, sí; voy, voy; le atiendo en seguida! —Herr Hellermann estaba sudoroso y agitado, pero reaccionó y atendió a su nuevo cliente—. ¡Gracias a Dios que sólo ha sido un sueño!

—¡No mencione a Dios en estas circunstancias! —dijo el recién llegado—. ¿Es que no me reconoce? ¡Soy Mefistófeles, y vengo a por su alma para llevármela al infierno! ¡Por cierto, que fue un gran fusilamiento!

Herr Hellermann no se lo explicaba.

—¡No es posible; esto no me puede estar pasando a mí!

—¡Eso me dije yo en 1917, y aquí estoy por tonta! —comentó malhumorada la Matha-Hari.

Hace más de un año que Herr Hellermann está en el Infierno, pero su experiencia de librero le sirvió de atenuante y fue nombrado responsable de la biblioteca personal de libros malditos y prohibidos de Mefistófeles, donde había algunos ejemplares verdaderamente interesantes.

**El perro del «punk» de Alexanderplatz**

Me llamo Fritz a secas y soy de la raza Bull Terrier. Mi madre sé quién fue, pero de mi padre obviamente no tengo ni idea de quién fue ni me interesa saberlo. Nací de una camada no deseada y me dieron en adopción a un punk berlinés, que pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en Alexanderplatz. A veces nos mudamos a la K'Damm, pero sólo por Navidad y fiestas importantes. La gente por aquella zona es más generosa.

He aprendido bastantes trucos. Por ejemplo, sé llevar un envase de yogur en la boca y por alguna razón la gente me hecha monedas. El punk se las queda y me da palmaditas en la cabeza. También sé hacerme el cojo, poner cara de enfermo, de aburrido, de lástima, de pena y hasta sé guiñar un ojo. Mi punk dice que estos trucos son buenos para el negocio.

El chico no me trata mal y no se aparta de mi lado. Me humilla la cuerda con la que me ata, pues creo que merezco algo mejor, pero dados los tiempos que corren no puedo quejarme. He visto otros perros de punk que lo pasan bastante peor que yo, pero la verdad es que no saben ni la mitad de lo que yo sé, ni tienen mis habilidades.

Como perro de punk paso hambre, desde luego, pero con ciertos ejercicios de relajación y respiración el hambre se puede disimular. Suelo comer entre un 10 y un 15 por ciento de las salchichas que come mi punk, que no son muchas, pero no sé cómo hacerle comprender que a mi parte no me gusta que le ponga catchup y mucho menos mostaza. Pongo cara de asco, la cojo con desgana y la sacudo en el aire, pero esa porquería sigue pegada a la salchicha. Sólo una vez en mi vida he probado un bistec, y recuerdo que sabía bien. A veces sueño con él, pero al despertar ahí está otra vez mi trozo de salchicha embadurnada de mostaza y catchup.

Cuento todo esto porque no hace ni una semana que a mi punk le ha detenido la policía por armar jaleo en una manifestación anti globalización, y a mi me han llevado a una residencia de perros. No sé si me juzgarán por destrozos de mobiliario urbano, pero yo soy inocente. Es cierto que mordí a un policía, pero con tanto alboroto ¿cómo iba yo a saber que era un representante de la ley? Íbamos tan tranquilos en la manifestación. Mi punk gritaba eslógans anticapitalistas y antiglobalización y yo ladraba lo que buenamente sabía, que no tenía contenido político reivindicativo en absoluto, por lo que espero que se considere un atenuante.

Entonces mi punk, armado con un bate de béisbol que se encontró en un basurero, se cargó una marquesina de autobús, donde por cierto había un anuncio de comida para perros con una perra de chuparse las patas, por lo que me dolió que se la cargara.

Pero mi punk no es muy listo, y tenía a sus espaldas media docena de policías, a cual más corpulento y bien armado, así es que se abalanzaron sobre él y le calentaron las costillas por su gamberrada. ¿Qué podía hacer yo? ¡Soy un perro, y los perros somos fieles a nuestros amos, aunque sean punks! Así es que le arreé un severo mordisco en la pantorrilla al primero que le puso el bastón en las costillas a mi pobre punk.

Por esta razón yo también fui detenido y aquí estoy, pendiente de juicio. Según mi abogado me pueden caer hasta seis años y un día de perrera mayor.

Voy a echar de menos Alexanderplatz, su animación, sus turistas japoneses que me sacaban fotos, pues mi ropas son algo disparatadas para un perro. Los paseos por el río Spree en primavera, con mis refrescantes chapuzones; las luces de colores de Unter den Linden por Navidad, y el Marcadillo de Navidad de la K'Damm, con sus raciones extras de salchicha picante. Y no quiero ni mencionar las borracheras de cerveza de las noches veraniegas que pasábamos a la intemperie en el Tiergarten.

En fin, que no me lo pasaba tan mal. Pero, no obstante, considerando las circunstancias, estoy empezando a pensar que en buena hora mordí al policía, porque no llevo ni una semana en la perrera y he ganado dos kilos, además he probado el sabor de la carne de verdad, sin salsa de tomate. Por si fuera poco he hecho amistad con una perrilla coquetona, a la que le encantan mis gracias. Un día de estos le tiraré los tejos a ver qué pasa.

En fin, que como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga, y la verdad es que no me puedo quejar, pues muchos pobres perros del Tercer Mundo quisieran poder disfrutar de las perreras de Berlín, que si no fuera por las rejas, podía decirse que es como un hotel.

Sobre mi punk, creo que su padre le ha metido en cintura y trabaja en su fábrica de calcetines, en una pequeña localidad cercana a Berlín. Bueno, si no nos volvemos a ver, al menos estoy seguro de que el pobre ya no pasará más frío en los pies. Y esa es mi historia.

**Napoleón y Joshepine Ackermann**

El 27 de octubre de 1806, apenas concluido el «Siglo de las luces», y cuyo nuevo siglo parecía presagiar el «siglo de las sombras», Napoleón Bonaparte, montado sobre un esbelto y ágil corcel, cruzó exultante los arcos de la Puerta de Brandemburgo de Berlín, entre la desconfianza y tristeza de los berlineses. La primera guerra franco-prusiana había concluido, tras la derrota de la coalición pruso-sajona en Jena y Auerstedt. Le acompañaban varios batallones de su gloriosa «Grande Armée», compuesta por una tropa multinacional, y en parte mercenaria, de 600.000 soldados, y que tras la derrota y desintegración de sus respectivos ejércitos llegaron a alistarse voluntarios sajones y prusianos, hasta un total de 100.000 tropas de origen germano.

Un día antes de su entrada triunfal Napoleón rindió homenaje en su mausoleo de Postdam a uno de sus más admirados líderes europeos, el ilustrado monarca Federico II el Grande, muerto sin descendientes directos.

Para celebrar la culminación de su campaña prusiana, Napoleón ofreció un baile popular en el palacio de Berlín, abandonado días antes por el rey Federico Guillermo III, huido a Köninsberg junto con su bella esposa, la reina Luisa, en el extremo oriental de Prusia, y bajo la protección del zar de Rusia. Napoleón ordenó a sus ayudantes de cámara que buscaran por todo Berlín las jóvenes más bellas y atractivas para que le acompañaran en su baile triunfal y entretuvieran a sus oficiales, obligándolas a su comparecencia.

Los ayudantes cumplieron la orden al pie de la letra y en sus correrías llegaron hasta el activo barrio berlinés de Friedrischshain, al este de la ciudad, y no muy lejos del palacio real.

En un puesto de mercado, haciendo su compra habitual, y como si no se hubiera producido la ocupación de Berlín por las tropas francesas, encontraron a una joven, apenas una adolescente, que por su extraordinaria belleza y porte elegante, les pareció buena candidata incluso para ser pareja de baile del mismo Napoleón.

La joven, de apenas 15 años, se llamaba Joshepine Ackermann, y era hija de Jacobs Ackermann, dueño y director del pequeño periódico local «Friedrischshain Blatt», de tendencia liberal y demócrata, contrario a la guerra con Francia, perseguido por la policía del régimen autoritario del nuevo monarca prusiano.

Los ayudantes del general la pusieron al corriente de su situación y decidieron los detalles, vestimenta, hora y protocolo del baile, y a la hora prevista, un carruaje vino a recogerla a su domicilio de Friedrischshain para conducirla al palacio real, profusamente iluminado para tan festiva ocasión y presidido por una espléndida guardia de honor con los más aguerridos oficiales de la triunfante «Grande Armé».

—Querida hija —le previno el padre—, pórtate con dignidad y demuestra al general francés que los prusianos somos gente laboriosa y prudente, amantes de la paz y de las libertades democráticas, pero no aprobamos la guerra como el medio para solucionar los graves problemas que padece Europa.

Los enviados del general recogieron otras jóvenes, no menos atractivas, y a la hora prevista, comenzó el baile con los acordes de la gloriosa «Marsellesa».

Los oficiales franceses, vestidos con sus uniformes de gala, henchidos de triunfalismo y virilidad, fueron eligiendo a sus respectivas parejas entre las asustadas muchachas berlinesas para abrir el baile inaugural. Pero antes el propio Napoleón, advertido por sus ayudantes de la belleza y discreción de Joshepine, con aires ceremoniosos pero impetuosos, como era propio de su carácter, cruzó el gran salón de baile y llegó al lugar donde la joven berlinesa ya esperaba esta invitación.

—Mademoiselle Joshepine, s'il vous plait... Tengo el honor de invitarla a inaugurar este solemne baile triunfal —le rogó cortésmente Napoleón.

La joven accedió gustosa y la orquesta, en su honor, interpretó una popular mazurca del gusto de los prusianos de la época.

El baile se animó y la habilidad de los oficiales franceses para las artes de seducción, tan eficaces como para las de la guerra, se hicieron evidentes. Las muchachas, dóciles y todavía temblorosas, se dejaron llevar y el baile se animó de tal manera que parecían superados y olvidados todos los sufrimientos y desgracias ocasionadas por los franceses hasta su llegada a Berlín. Finalizada la mazurca, Napoleón, con muestras de cansancio, abandonó el salón, y acompañado de la joven pasearon a las orillas del canal. El aire freso del lugar, tras el agitado baile inicial, resultaba agradable de respirar en aquella noche otoñal.

—*Cher Mademoiselle*, usted como prusiana me odiará, pero créame que su descendencia me recordará como la persona que modernizó Europa y la libró de la tiranía de un puñado de familias aristócratas poco interesadas por el bienestar de sus pueblos.

—*Monsieur Napoleón* —dijo la joven segura de su propia opinión y sin dejarse intimidar por la mítica gloria del general—, la historia sin duda que le recordará, pero se olvidará de los miles de muertos que sin gloria ni causa alguna han quedado enterrados en los campos de batalla de toda Europa, por donde ha pasado su «*Grande Armée*».

—*Mon cher pètite!* —repuso el general condescendiente—, la guerra, al igual que la revolución, son los principales impulso de la historia. ¡Si usted supiera la cantidad de buenas cosas que se han creado por causa de las guerras! El precio es elevado, pero los avances y progreso en todos los sentidos compensan el sufrimiento. Yo odio la guerra tanto como usted, mi joven prusiana, pero cuando las circunstancias la hacen necesaria, debe de hacerse como si se tratara de una obra de arte, con perfección y maestría.

—¿Cree usted, *Monsieur Napoleón*, que es el primer francés que nos ha invadido? Antes que usted lo hizo Racine, Voltaire, Cornielle y Descartes. Sus obras también cambiaron nuestra historia, pero sin disparar una sola bala de cañón. Ellos también serán recordados, pero no desolaron las tierras ni las mentes que conquistaron.

Napoleón parecía contrariado, pero la juventud e inexperiencia de la joven la justificaban, y pasó por alto su valiente opinión.

—¡Cada cual a su oficio, querida niña!... Parece que refresca, volvamos al salón. Yo debo retirarme temprano, pero usted es joven y debe aprovechar ahora para divertirse.

Joshepine Ackermann regresó a su casa de Friedrischshain escoltada por dos oficiales de la guardia personal de Napoleón.

—¡Gracias a Dios que has vuelto sana y salva, Joshepine, tu madre y yo hemos rezado por ti y Dios nos ha escuchado! —comentó el padre aliviado—. Pero, cuenta, ¿has visto al general?

—Sí, padre; incluso he bailado con él.

—Y ¿cómo es? ¿Qué impresión te ha dado?

—¡Es un hombre, como todos los demás! Es orgulloso, prepotente, egoísta y algo inseguro... Creo que no llegará muy lejos después de Berlín...

**La princesa desencantada**

Markus W. era un pobre desgraciado, desgarbado y taciturno. Era delgado como una vara de mimbre, alto como un álamo y barbudo como una cabra vieja. Recorría las calles de Berlín sin una idea preconcebida. Andaba todo el día, de arriba para abajo; del este al oeste. Por la mañana se le podía ver en Wedding y por la tarde en Steglitz, otras veces bordeaba el río Spree desde los jardines de Charlotemburgo hasta el parque de Treptow.

A veces, sin embargo, dejaba de andar por algunas horas, se recostaba sobre un soleado banco en alguno de sus parques favoritos y dejaba pasar las horas tontamente, contemplando el paso de las nubes, el ascenso de los aviones del aeropuerto de Tegel o el vuelo majestuoso y lento de los cisnes jóvenes, preparando su migración.

No tenía amigos, tampoco los quería, pero tenía un amor secreto: nada menos que una princesa misteriosa, pero Markus creía que por cuestiones de magia y encantamiento, estaba presa en la frialdad de una estatua de un frecuentado parque berlinés.

Markus era muy tímido, por eso el primer año de su romance con la princesa encantada no fue fácil. Simplemente se sentaba en un banco frente a la estatua y la miraba de reojo, pero con tanto disimulo y turbación que la princesa no se daba por aludida. El segundo año ya se sentía más seguro de sí mismo, y en vista de que la princesa nunca le llamó la atención, se atrevió a mirarla cara a cara. Pero ella seguía impasible. El tercer año tomó su gran decisión: se declararía y fuera lo que Dios quisiera.

Era una mañana de domingo del mes de abril. Se arregló lo mejor que supo, recogió un ramillete de flores silvestres mal combinadas, y se encaminó al parque donde le aguardaba la princesa de sus sueños.

La pareja de cisnes estaban todavía reconstruyendo el nido para la puesta anual y andaban bastante atareados acarreando toda clase de ramitas. Los parterres empezaban a desperezarse y ya sentía el vigor de la primavera con nuevos brotes de petunias y margaritas. El dios Amor, armado con su infalible carcaj de flechas, y que vigila el parquecillo donde estaba la princesa, no le perdía de vista. La diosa Venus, situada al otro lado del jardín, parecía darle lecciones de romanticismo. La mañana era por tanto perfecta para el amor.

Como era bastante ingenuo todavía creía en cuentos de hadas y en princesas encantadas, por esta razón estaba convencido de que con un simple beso la princesa despertaría de su encantamiento y él mismo se transformaría en un apuesto príncipe azul. Pero ¿cómo atreverse a besarla? Simplemente pidiéndoselo con educación.

Se aproximó a la estatua, tosió algo nervioso, miró a un lado y a otro para estar seguro de que nadie le escuchaba, y le dijo:

—Usted perdone, señorita princesa, pero como ya debe saber la única manera de desencantarla en si le doy un beso de amor, espero que no se lo tome como una grosería, porque es la normal en estos casos.

—Querido Markus —le respondió la estatua, por lo que el pobre muchacho apenas podía tenerse en pie de la impresión. —a decir verdad, y después de observarte durante estos dos últimos años, si no te importa prefiero seguir encantada, pues si me besas seré una princesa ¡verdaderamente desencantada!

Markus no comprendió muy bien la indirecta, pero como era bastante educado y se lo había pedido con tanta amabilidad y cortesía, desistió de su empeño.

Volvió a recorrer los parques de todo Berlín para ver si daba con otra princesa encantada, pero con menos aspiraciones que aquella. Probó con otras dos docenas de estatuas, pero en el último momento todas le decían lo mismo. Y así pasó los 48 años del resto de su vida.

«¡A la próxima no le pregunto!», se dijo un día antes de su muerte.

**La brujita de Spandau**

Hace ya muchos tos años, tantos que si todavía me acuerdo es de milagro, en los bosques cercanos a la pequeña localidad de Spandau, buenos para el carbón vegetal y las setas venenosas, vivía una bruja malcarada, porque no hay prácticamente ni una que sea biencarada.

Pero antes de nada quisiera aclarar algo sumamente importante, pensando sobre todo en mis lectores infantiles. Las brujas sin duda que han existido, pero los perjuicios de la gente corriente, que no puede ni ver una ancianita sin tomarla por una bruja, han confundido la naturaleza de estas buenas personas. La verdad es que se trataba de viudas de carboneros o leñadores, que se resistían a abandonar sus cabañas, donde habían vivido toda su vida con sus respectivos carboneros o leñadores (su único error en esta vida, casarse con semejantes profesionales).

El origen de sus pócimas se encuentra en la circunstancia de sus precarias existencias, puesto que no eran muy hábiles para la caza y menos para la horticultura y las aves de corral. De manera que para poder poner un plato de sopa caliente en la mesa no tenían otra opción de hervir cualquier cosa que pudiera soltar algo de sustancia, desde un sapo hasta una cucaracha. Lo habitual era que metieran la pata, y como consecuencia de semejantes pócimas, se les cayera el pelo, les salieran verrugas o les creciera la nariz, pero sólo en casos excepcionales daban con una pócima con efectos positivos para la salud.

También es verdad que solían tener un cuervo como animal de compañía, pero es que en estas latitudes no es muy corriente el loro, el papagayo o el canario, y a falta de canario bueno es un cuervo. En cuanto al gato negro, era para hacer juego con el cuervo, que también era negro.

Hecha esta aclaración, nuestra bruja tuvo un día bueno y dio con una de esas pócimas geniales (como la fórmula de la Coca-Cola) y descubrió el elixir de la juventud. Pero le faltó dar con el ingrediente de la eternidad, por lo que el mágico efecto sólo duraba entre una semana y quince días.

—¡Mecachis en la mar! ¡Ya me dijo mi madre que en este bosque eran muy tacaños para la magia! —se lamentaba la pobre señora.

Pero por fortuna había preparado un buen caldero y por ser invierno se conservaba bastante bien. De manera que apenas se percató del maravilloso efecto de su nueva pócima, hizo planes serios para su nuevo futuro.

—¡Esta vez paso de carboneros y voy a por un príncipe!

Por suerte en esta zona del Imperio abundaban los príncipes, la prueba es que hay miles de cuentos con príncipes y para todos hay uno disponible, y con la venta de medio litro de su pócima a un tendero local, se pudo asear y vestirse con finas ropas femeninas. No es necesario describir la mujer después de su metamorfosis porque ya se la habrán imaginado, que para eso son los cuentos. Pese a sus malas artes para los trabajos manuales, se hizo con una rueca de hilar, que era lo habitual entre las mujeres de buenas costumbres, y esperó pacientemente a que pasara un apuesto príncipe por delante de su cabaña. No tuvo que espera mucho tiempo, por lo que dije anteriormente, y el primero que pasó quedó obviamente prendado de su extraordinaria belleza, pues por alguna razón los príncipes tienen buen gusto para elegir a sus consortes, y se declaró al instante:

—¿Quieres ser mi esposa? —le pidió el príncipe prácticamente sin descender del caballo.

—¿Así, sin preámbulos ni peleas con dragones?

—Es que éste es un cuento breve y no hay tiempo para eso.

—Acepto, pero con una condición —dijo la astuta bruja.

—¡Aceptaré lo que me pidas!

—Que cuando sea una ancianita, decrépita y arrugada me sigas deseando como ahora.

—¡Firmo! —naturalmente que el príncipe no sabía lo que firmaba.

Se celebraron los esponsorios con los tradicionales bailes y banquetes populares de rigor (la única oportunidad en sus súbditos comían carne), gozaron de una breve luna de miel en el Hotel Adlon de Berlín (¡Ups! Perdonen, que todavía no se había construido), y cuando regresaron a su palacio de Spandau, la buena mujer se dio cuenta de que no le quedaba ni medio litro de pócima de la juventud.

Aprovechando las ventajas del castillo, se puso manos a la obra con todos los adelantos técnicos que pudo conseguir. Para probar los efectos daba a beber sus pócimas al gato y el pobre igual le salía cabeza de cochino albino que recitaba de corrido el monólogo de Hamlet. ¡Pero nada, que no daba con la pócima!

Un día, al regresar del bosquecillo después de buscar desesperada nuevos ingredientes, se encontró con un hombre viejo y achacoso sentado en el sillón del trono del palacio. Al entrar en el salón el hombre se revolvió incómodo en su regio asiento, porque no sabía como explicar su presencia. Finalmente confesó su identidad:

—¡Soy yo, tu marido; y no soy príncipe sino un simple conde y arruinado! —la mujer no salía de su asombro—. Tengo que confesarte una cosa horrenda. Me quedé tan prendado de tu juventud y belleza que compré un elixir de la juventud a un tendero local con todo el tesoro condal, pero la pócima debía tener pasada la fecha de caducidad...

—¡Pues buena la has hecho, chaval! —contestó airada la buena mujer, a quien en ese mismo instante, y sin duda por el disgusto, se le pasaron también los efectos.

Fueron días difíciles para la pareja, pero a Dios gracias pronto encontraron una afición en común que salvó el matrimonio: la redoma.

Desde entonces se les ve a todas horas alrededor de un puchero humeante tratando de dar con la dichosa fórmula de la eterna juventud. Él ya no usa zapatos, porque le han salido pezuñas y ella, afortunadamente, con su nuevo pico de aguilucho ya no puede hablar y ha dejado de quejarse.

—¡Bruja desmemoriada! —le reprocha él constantemente.

**No hay mal que por bien no venga**

*A mi pequeña gran amiga Hoa*

Esta es una historia verídica, pero algo difícil de creer. Si tengo noticias de ella es porque se trata de un caso muy comentado en mi barrio. Tal vez las comadres exageren un poco, por lo que no me hago responsable de los perjuicios que pueda ocasionar a alguna joven casadera, y que no esté muy convencida de la conveniencia de su matrimonio.

Es la historia de Christine Schneider, una joven dependienta de una franquicia de Schelecker, en el barrio de Alt Leitzow, lo que en tiempos fuera una pequeña y coquetona aldea, hoy parte de Willmersdorf.

La joven era bajita, simpática y miope, pero con lentillas puede decirse que era una joven atractiva. Por desgracia las gafas de ojo de pez le deformaban algo su menudo y gracioso rostro, y con esto un lector inteligente e imaginativo ya deben haberse hecho más o menos una idea de su aspecto y carácter.

Christine tenía un novio que gozaba de una excelente situación laboral, pues estaba empleado por la ciudad como experto en el mantenimiento de alcantarillas, pero dada su juventud, por el momento tenía la responsabilidad de lo que podríamos llamar «alcantarillas menores», pero aún no gozaba de la confianza necesaria para ocuparse de las que discurrían bajo las grandes avenidas y otras áreas urbanas de especial responsabilidad, como el barrio de las embajadas.

Como el sueldo de alcantarillero menor no era precisamente para despilfarros, y el de ella no era más espléndido, descontando impuesto y seguridad social, pasaban los días y los años sin que la pareja se decidiera a dar el paso del matrimonio. Pero el mismo día en que Hans (el novio alcantarillero) cumplió los 38, recibió la feliz noticia de su ascenso, y en adelante tendría bajo su responsabilidad ciertas alcantarillas próximas al Reichstag y al Gobierno federal. En unos años más, y si hacia méritos suficientes, podría ver culminado su sueño de moverse con familiaridad bajo la más alta magistratura del país. De manera que se decidió la boda.

La madre de Christine, una mujer sensata y ahorradora, de las que vivieron los años de penuria de la posguerra, sugirió a su hija que dado que la distancia entre su casa y el juzgado de Paz era de apenas 50 metros no valía la pena que alquilaran un coche, y podía hacer en trayecto perfectamente a pie. Con el ahorro la buena mujer calculó que le llegaría para la tarta nupcial y una caja de botellas de champaña de mediana calidad, pero francés.

—Si el tiempo es bueno, hija, hasta será agradable darnos este paseíto.

—¡Pero mami, la cola del vestido llegará hecha un asco!

—Ya lo arreglaremos, mujer, que te ahogas en baso de agua. ¡Cómo se ve que no has pasado una guerra!

Quedó todo acordado y apalabrado para el viernes de la primera semana del mes de mayo, justo tres días antes de que Hans estrenara su nueva ruta de alcantarillas de mayor prestigio.

Llegó el día señalado, pero la naturaleza no estaba por la labor, y amaneció un día frío y húmedo que amenazaba lluvia. Para colmo había diluviado el día anterior y las calles estaban todavía encharcadas. En vano la pobre Christine se quejó a la madre, argumentado que era más importante su vestido de novia que la tarta o el champaña francés barato, pero ella insistió:

—¡Pero si son cincuenta metros, mujer! ¿Para qué están los paraguas?

No hubo nada que hacer y la ahorrativa madre se salió con la suya. Ya en el ascensor tuvieron las primeras dificultades, pero ni comparado con lo que les esperaba. El primer contratiempo serio lo tuvieron al pasar por debajo de un frondoso tilo del jardín, que por una inoportuna ráfaga de viento dejó caer sobre la infeliz novia toda el agua acumulada en sus hojas, ¡ý ella sin paraguas! Con precaución salieron a la calle, y mire usted por donde el niño del cuarto tenía que estar jugando a la pelota en ese precioso instante, y la pobre Christine recibió un sendo balonazo en el trasero, lo que dejó una geométrica mancha de barro en semejante parte del vestido. A la chica casi le da un ataque, pero la madre, decidida a salirse con la suya, le comentó:

—¡Poniendo la cola por encima ni se verá! —y prosiguieron su camino.

Cruzaron la calle justo en el momento en que pasaba la camioneta de un pintor-empapelador muy conocido en el barrio, cargado con sus utensilios de faena habitual, y por no pillar a la pobre muchacha, que como es natural caminaba con cierta torpeza, dio un giro brusco y uno de los botes de pintura salió por los aires y fue a caer justo a los pies de la desdichada, que se abrió y parte de la pintura ¡roja! decoró sus lindos zapatitos de casadera, además de afectar ligeramente a los bajos del vestido, pero la madre insistió:

—¡Si parece que fuera parte de la decoración del vestido! No te preocupes mujer, dentro de media hora estás casada y ya da igual! —y prosiguieron su penoso camino.

No andaron ni diez metros sobre la acera cuando pasó el típico gamberro con su BMW amarillo descapotable a toda marcha y «pisando charcos», y uno de ellos, con probabilidad el más caudaloso, estaba justo enfrente de la pareja de las desdichadas mujeres cuando el gamberro pasó sobre él a toda velocidad. La madre, que no era tonta y había previsto semejante posibilidad, ni se mojó, porque andaba justo en el lado opuesto de la calle y la hija la cubría completamente. Pero la pobre Christine quedó simplemente hecha un asquito de verdad.

—¡Yo no me caso, madre; estoy empapada hasta la diadema, el vestido está hecho un asco y los zapatos se pegan al suelo por la pintura! ¡Que no me caso, y ahora mismo me vuelvo a casa!

—¡No seas irresponsable, hija! ¿Qué va a pensar tu Hans? ¿Te crees que sobran los pretendientes para una chica miope, bajita y tan poca cosa como tú? ¡Anda, sigue adelante que sólo son treinta metros más, te casas con el alcantarillero y en paz!

Empapada, contrariada, medio cojeando, gimoteando, pero también desproticando, las dos mujeres continuaron su penoso camino hacia el juzgado.

Ya se divisaba la docena de invitados en los jardincillos del juzgado, y al novio entre ellos, cuando sucedió lo inevitable, pues con aquellas trazas la pobre chica tenía serías dificultades para mantenerse en pie, y al intentar cruzar la calle, a unos metros de los brazos de su futuro marido, dio un fatal traspiés al bajar la acera ¡y se calló literalmente de culo sobre un inmenso charco de agua embarrado!, pues no hacía ni dos minutos que el barrendero local había dejado allí mismo su montoncillo de basura con la intención de recogerla después, pero ya no hizo falta, pues quedó impregnada en su precioso vestido, que definitivamente dejó de ser blanco para tomar un tono viscoso e indescriptible.

Ridículamente sentada sobre el charco, con una lentilla menos y uno de los zapatos rojos en paradero desconocido, la pobre Christine se deshizo en un llanto histérico, mientras pataleaba y agitaba los brazos fuera de sí.

—¡Madre, madre; así yo no me caso y en paz! —gritó la muchacha.

El novio, que escuchó los gritos, corrió en su ayuda. La puso a salvo de nuevas desgracias y sacudiéndole el vestido con cierta repugnancia por los envoltorios de helado y algún resto de salami pegados, sólo se le ocurrió recriminarla:

—¡No te da vergüenza presentarte con estas trazas el día de tu boda!

Christine se armó de valor, recuperó el ánimo, se sujetó con una mano en una farola para no perder el equilibrio y con la otra le arreó una soberana bofetada al novio desconsiderado. Después, con aire marcial y la cabeza bien alta, propio de quien tiene toda la razón del mundo y acaba de tomar una gran decisión, dio media vuelta con la intención de volverse a su casa.

Pero tal altivez, más la circunstancia de tener un zapato y una lentilla menos, le impidió ver el Mercedes descapotable que en esos precisos momentos bajaba por la misma calle en dirección al juzgado, y antes de darse cuenta se produjo la inevitable colisión. La escena es la siguiente: El Mercedes circulaba a poca velocidad, por lo que pudo frenar a tiempo. Christine tropezó contra una de las puertas, dio una voltereta en el aire y calló literalmente en los brazos del conductor sin el menor daño ni rasguño. Instintivamente la chica se abrazó a él, quien se encontró con una novia en sus brazos, así sin esperarlo ni siquiera sospecharlo. Al principio reinó cierta confusión, después, poco a poco, la escena empezó a hacer sus efectos, y poco tiempo después la gente que la contempló se moría de risa. ¡Christine y su joven, apuesto y rico futuro marido, que todo hay de decirlo, los que más; y siguieron riendo toda su larga y feliz vida juntos!

En cuanto a Hans, el novio desconsiderado, dada su buena posición laboral pronto encontró novia, por cierto fan

ática de las alcantarillas, con la que cada fin de semana recorren las más importantes de la ciudad, mientras él, embelesado, le va explicando lo más destacado de cada desagüe o sumidero, además de otros detalles técnicos de menor importancia. Como dije, la historia es difícil de creer, ¡pero así me la contaron!

**La poetisa de la calle Novalis**

En el céntrico barrio berlinés de Mitte, y concretamente en la calle Novalis, vivía Cornelia Schumann, una joven aspirante a poetisa. La elección de la calle para su domicilio no fue casual, pues sentía una irresistible pasión por este malogrado poeta del Romanticismo alemán.

*«¿Qué ser vivo, dotado de sentidos, no ama,*

*por encima de todas las maravillas del espacio*

*que lo envuelve, a la que todo lo alegra, la Luz*

*–con sus colores, sus rayos y sus ondas;*

*su dulce omnipresencia–,*

*cuando ella es el alba que despunta?».*

Esta estrofa, de sus «Himnos a la noche», era de entre todas su favorita. Cornelia también sentía que era en la Luz donde estaba la magia de donde surgen los buenos poemas. Después de leer y releer las obras del propio Novalis, de Hoffmann, de Hölderlin y de tantos otros poetas del Romanticismo, decidió que ya podía intentar escribir sus primeros poemas, y se puso manos a la obra:

«En el florido valle, iluminado por la pálida luz de la luna...»

—¡No, demasiado cursi!

«Son tus ojos dos luceros del alba...»

—¡Que horror; que memez! A ver, empecemos de nuevo...

«Con las primeras luces del alba incierta...»

—¡Nada, que no sé escribir un poema! Pero ¿cómo se escribe un poema?

—¡Con el alma, querida niña! —dijo alguien de cuya presencia no se había percatado. Primero se alarmó y estuvo a punto de llamar a la policía, pero al ver su interlocutor, extrañamente vestido con ropas que le recordaban los grabados de los libros de Goethe, se tranquilizó.

—¿Quién eres tú?

—¿Quién iba a ser? ¡Friedrich von Hardenberg, alias «Novalis»! Y no te alarmes, cosas así suceden cada día a los poetas principiantes.

—No me alarmo, y no es la primera vez que imagino casas que parecen reales... Pero, bueno, ya que estás aquí, dime ¿cómo surge una poesía?

Novalis no esperaba ser aceptado con tanta naturalidad viniendo de donde venía y presentándose así de improviso, pero en vista de la cordialidad de chica, se sintió autorizado y expuso solemnemente su alegato:

—La poesía, querida mía, es como una noche de tormenta. Durante el día el calor y la humedad del ambiente cargan las nueves de electricidad y llega un momento en que salta la chispa y llega la lluvia torrencial. Es breve, pero poderosa y arrasa todo a su paso... ¿lo comprendes?

—Es una explicación un poco de tu época... ¡romántica! ¿Siempre tiene que salir la naturaleza?

—¿Romántica? ¿Qué es eso?

—¡Buena pregunta para el creador del romanticismo!

—¡Yo no sabía que a nuestra época se la iba a llamar «romántica»!

—Pues entonces, ¿por qué razón tú, Hoffmann, Hölderlin, Goethe y tantos otros artistas de tu época decidisteis romper con los clásicos y volver a las utopías idealistas y a la naturaleza?

—¡Ah, te refieres a eso! Querida niña, todo tiene una explicación lógica en este mundo. En mi época la realidad que nos rodeaba era fea, deprimente y profundamente injusta. Las constantes guerras producían cientos de heridos, que al infectarse sus heridas era necesario cauterizar o amputar miembros. Las calles eran un horrendo espectáculo de gente desfigurada y maltrecha. Había decenas de enfermedades endémicas, como la tuberculosis o la sífilis y pocos lugares adecuados para tratarlas. Los burgueses ricos no se ocupaban de los miserables, y no se podía pasear por una calle o plaza sin ser asaltado por decenas de desarrapadas criaturas o viejas decrépitas pidiendo limosna. Las niñas, pobres criaturas, eran frecuentemente violadas y los hijos no deseados eran tan normal que no resultaba difícil encontrar sus pequeños cadáveres en los estercoleros. Podía contarte decenas de cosas a cual más horrenda. Y ¿qué hacía la inconsciente y aburrida aristocracia y la alta burguesía por aliviarlas? ¡Nada! Por eso algunos nos revelamos contra el orden establecido y decidimos hacer las cosas a nuestra manera, apartándonos de los cánones clásicos de nuestros severos padres! ¿A eso le habéis llamado «Romanticismo»?

—No lo había visto de esta manera, porque los movimientos sociales llegaron bastante después de tu muerte... Según esta biografía, tú...

—A ver, niña, déjame ver ese libro. ¿Dices que es mi biografía? Humm... exagera un poco... A decir verdad lo nuestro era más bien una pose. Éramos tan burgueses como los demás y nos preocupábamos por nuestro futuro. Goethe, a quien has nombrado, siempre mantuvo su lucrativo empleo de guardabosques, y yo terminé mis estudios de minería antes de mi temprana muerte, tal y como deseaba mi severo padre. No sé si ahora se dice igual, pero en realidad era una moda. ¿Comprendes?

—Sí, pero es un poco deprimente oírtelo decir a ti. ¿Y qué hay de tu historia sentimental con la adolescente Sophie von Kühn?

—Sí, fue un duro golpe. Pero la muerte era algo cotidiano y familiar. Todos mis hermanos murieron de tisis. La tuberculosis era la enfermedad de la clase burguesa, muy frecuente entre las mujeres jóvenes, por sus malos hábitos alimenticios y urbanos.

—Entonces, ¿no fue la muerte de la joven Sophie la que inspiró tus mejores poemas?

—Lo fue, sin duda, pero no sabría decirte cuál de tantas muertes de seres queridos me inspiraba más que otra... Y ¿qué es ese armatoste?

—¿Esto no es un armatoste, es un ordenador portátil?

—¿Para qué sirve?

—¡Para escribir y para navegar por Internet! Claro que tú no sabes qué es eso de Internet...

—¿Y dónde está la pluma y la tinta?

—¡No hay pluma ni tinta! Mira se aprieta este botón, clic, ¿ves? y sale una letra en la pantalla, luego otra y otra hasta hacer una palabra. Si no te gusta lo borras y si te gusta lo guardas en su memoria...

—¿Y con ese chisme pretendes escribir un buen poema?

—¿Qué hay de malo? Pero si no me dices cómo se escribe un buen poema nunca lo conseguiré, ¡ni con pluma ni con ordenador!

—Querida niña, ¡recuerda lo de la tormenta! Y ahora, lamento tener que dejarte, porque hay una docena de nuevos poetas en este mismo barrio que requieren mi presencia.

Novalis desapareció tal y como había aparecido y Cornelia Schumann, recordando lo de la tormenta, creyó estar ya cargada para escribir su primer poema:

«**A Berlín**

Tiene avenidas amplias y cierta sonrisa angelical.

Ha sufrido y se nota en su piel nueva,

casi recién lavada del humos sucios de las bombas aliadas.

Tiene un Zoo con osito blanco

que ya no hace gracia porque se ha hecho mayor

y los niños añoran su inocencia.

Tiene tranvías largos, amarillos como canarios,

discretos como viejos pensionistas,

sólo un «cling, cling» de vez en cuando y pasan de largo.

Tiene periódicos grandes, donde gente asombrada de ser quienes son

esconden su cotidianidad, y beben café con leche

en tazas grandes, a sorbos pequeños.

Tienes una legión de bicicletas que van y vienen por ahí sin mucho sentido,

bordeando el río para que les de el aire en el rostro,

con arrugas de jóvenes cargados de años, y con eso se conforman.

Tiene barcos con turistas angustiados,

porque desearían que el tiempo se eternizara,

así como sus sonrisas de admiración por los grandes sauces y las viejas hayas.

Tiene serias universidades llenas de jóvenes preocupados por el futuro,

sin saber en qué consiste el futuro,

precisamente porque son jóvenes.

Tiene barrios turcos, casi latinos, viejos y nuevos.

Con sabor a barrio, cafés de barrio, tiendas de barrio, niños de barrio, perros de barrio, mamás discretas y educadas, también de barrio,

y cada barrio está contento de ser un barrio.

Tiene el orgullo de no ser importante,

pero hermosa, acogedora, tolerante,

y discretamente frustrada por su gran pequeñez.

Tiene un Ángel Azul, el recuerdo de la Dietrich,

los años veinte y tantos otros años,

el cabaret simpático y las chicas del coro emplumadas hasta la coronilla.

Berlín tiene, en pocas palabras,

el encanto de lo humano

y el misterio de lo divino.»

Lo releyó dos veces y le pareció una buena lluvia torrencial. ¡Novalis llevaba razón con lo de la tormenta!

OTROS CUENTOS

**¡Hoy puede ser un buen día para la posteridad!**

Finalmente ha salió el sol y se ha despejado la niebla. Algunos cuervos se pelean sobre las antenas de la televisión. Anoche la zorra del barrio volvió a recorrer los jardines residenciales lanzando sus agudos ladridos. ¿Será porque presiente la Navidad y está deprimida? Hoy puede ser un día memorable sólo si hago algo que valga la pena memorizar. Por ejemplo puedo escribir un buen cuento. ¿Sobre qué? No tengo ni idea, pero me urge la necesidad de crear mi propia memoria. Tal vez si releo a Borges me inspire y hasta pueda llegar a superarlo. Lo más apropiado para la circunstancia es su «Memoria de la eternidad». Me pregunto por qué Borges se obsesionó por la eternidad. Bueno, para ser sincero, me pregunto por qué todos los escritores nos obsesionamos con la eternidad. Yo no iba a ser una excepción. «La eternidad es un juego, o una fatigada esperanza». Borges lleva razón, pasar a la posteridad y pretender ser eterno fatiga. Cada vez que escribimos cualquier tontería pensamos en la posteridad y tenemos sumo cuidado en lo que escribimos para no defraudar a las futuras generaciones, también de que el fichero no se borre. Resulta que dentro de 200 años cualquier firma mía mal garabateada en un libro dedicado de mala gana y por compromiso puede valer una fortuna, ¡sólo si soy capaz de pasar a la posteridad! Pero ¿cómo saberlo? Y si nunca llegaré a saberlo ¿qué me importa a mí que uno de mis libros dedicados pueda llegar a subastarse en la Christie's de Nueva York por trescientos mil euros o más? 30

El mismo Borges decía que nada le reventaría más que reencarnarse en Borges. ¡Estaba harto de su fama! Entonces ¿por qué escribir para ser famoso? ¡Es de locos! Machado tenía otro talante. En la fría y silenciosa Soria, al calor del recuerdo de su joven esposa Leonor, muerta de tuberculosis, sabía que le esperaba la gloria, pero por esa razón «no la perseguía». Así es que debe de haber dos maneras de escribir, una para uno mismo despreciando la gloria, la posteridad y hasta la eternidad y otra para los demás persiguiendo la gloria, la posteridad y hasta la eternidad. Pero ¿dónde está la diferencia? Sencillo, la posteridad no se persigue sino que te persigue ella a ti, pero hay que esperar a que sea posteridad. Ahora podría citar a Groucho Marx para cambiar de tono con aquella ocurrente frase suya de «¿Por qué preocuparme por la posteridad? ¿Qué ha hecho la posteridad por mí?». Eso es lo malo, que la posteridad es desagradecida, sólo se porta bien cuando ya no hace ninguna falta. Supongamos que la posteridad se acordase de mí ¿qué utilidad tendría? Si fuera creyente ninguna, pues una vez en el Cielo ¿a quién le importa la posteridad? Pero no siendo creyente y, por tanto, sin Cielo alguno que me consuele el dejar esta vida, veo claro cuál es el sentido de la posteridad y hasta de la eternidad: ¡de los muertos sólo queda la memoria! De manera que si quieres vivir eternamente debes dejar algo que valga la pena recordar. Por ejemplo, mientras yo viva mi pobre madre también vivirá, porque sigue en mi memoria. Mientras haya libros, Shakespeare también vivirá, porque podemos recuperar su memoria con sus libros. Mientras haya historia, Napoleón siempre vivirá, porque es parte de la memoria histórica, mientras haya hermandad Jesucristo siempre vivirá porque nos hermanó a muchos de nosotros. Por tanto sólo tengo que escribir un buen cuento que ni siquiera sé cómo comenzar. No; sin duda que no estoy preparado para hacer algo por mi propia posteridad. Tal vez mañana esté más inspirado. ¡Ya veré!

**El correo «spam»**

Clara recibió un correo sospechoso. Simplemente decía: «Si todavía me amas, ábreme». Así de pronto no conocía a nadie por quien pudiera sentir un amor tan repentino. «¿Será Juan, que ha dado con mi correo electrónico? ¡Pero no, que tonta! Después de tantos años... Si debe de estar ya hasta casado. ¡Mira si no tendrá ya hasta un par de mocosos!» Repaso sus viejos amores fracasados tratando de dar con alguna pista: «¿Julio, el gallego soso compañero de la universidad?. No, aquello acabo sin haber comenzado. ¡Pero si era más apagado que el mechero de un indigente! Qué gracia. Mira tú que en el fondo hubiera sido un buen marido, Pero ¡qué ganas de cargar con semejante muermo! ¡Ay, hija, para ti todos los hombres son muermos! ¿Sergio, el playboy que conocí en Benicasim el verano del 98? ¡Va, aquello fue una tontería de verano! ¡Pero era tan guapo, eso si que es verdad! ¿Ernesto, el vecino del cuarto de cuando vivía en Chamberí y que siempre se hacía el encontradizo en el ascensor? ¡No, imposible! Sé que estaba colado por mí, pero es que era tan corto el pobre, que la única vez que rozó mi bolsa de la compra se ruborizó. ¡Pobre chaval, que será de él. Alguna lagarta le habrá pillado, que buena falta le hacía al pobre. Pero ¿por qué los hombres serán tan tontos? ¿Será de Jaime, aquel poeta engreído que se creía mejor que Gustavo Adolfo Bécquer? ¡Que va, ese ya estará calvo y con familia numerosa y se habrá comprado un chalet en Majadahonda! ¡Menudo rollo tenía el tío! ¿Y ya está? ¿Cuarenta y ocho años de existencia para media docena de amantes, y ni siquiera puedo sospechar que sea alguno de ellos? ¿Y si lo abro y salgo de dudas? Vamos, Clara, que ya no usas calcetines blancos. ¡Qué se te ha pasado la edad del pavo! Sí, claro, ahora soy una tía responsable. Dos carreras, una buena plaza en la administración pública. Asistenta social, consejera de familia, abogada del Estado, y aquí estoy, ¡sin nadie que me aconseje a mí de si debo o no abrir estúpido correo! Mira que si es una oferta de viajes de crucero, o una web de citas, que están tan de moda. Pero, vamos a ver ¿por qué dudas? ¡Bórralo y listo! ¿Así de fácil? ¿Así, sin más? ¿Será verdad que ya no me queda esperanza? ¿Ni la más remota inocencia? Si lo abro y es una tontería me voy a poner 31

de mala leche para lo que resta de semana, pero si no lo abro puede decirse que ya estoy acabada... ¿Qué hacer? ¡Me cago en el tío que inventó esta mierda de Internet!

**Una pequeña lección de cultura general**

Para los que no hayan podido ir a la escuela y no tengan tema de conversación, aquí le doy una pequeña lección de cultura general con el que si se ponen a malas hasta podía obtener el graduado escolar.

Historia

España la descubrió un señor bajito y calvo, de ahí que al principio casi todos éramos bajitos y calvos. En el siglo VIII, más o menos, nos invadió una tribu de ingleses nómadas del centro y norte de África que se quedaron con Gibraltar con sus monos En el año 1436 Franco y Pilar la Católica realizaron la Reconquista con bastante éxito, pero no cayeron en lo de Gibraltar, y ahí siguen los ingleses. En el siglo siguiente no pasó nada digno de mención Bueno sí, Francisco de Quevedo descubrió América, al tiempo que las sopas de ajo, de ahí que buscara especies, porque hay que ver lo malas que son las sopas de ajo sin especies. Dos siglos después, la Historia siempre va por siglos pares, llegaron los Reyes Godos de Oriente con muchos regalos, de ahí la costumbre. Como por entonces la mayoría de los españoles éramos analfabetos, los dos siglos siguiente no pudimos escribir nada de historia. En el siglo XVIII, sucedió lo irremediable, pero como ya no tiene remedio para qué lo voy a contar. Allá para el año mil ochocientos y pico, los mamelucos tomaron Granada, pero se dieron cuenta en seguida de que ni era Granada ni el año que tocaba la invasión, por lo que se volvieron a donde habían venido, y de ese asunto ya nadie se acuerda, excepto los más mamelucos. En épocas recientes han pasado cosas importantes, la mejor de todas el 16 de enero de 194X, fecha de mi nacimiento.

Geografía

España limita al norte con la Islas Canarias, y ya menos al norte con el océano índico; al Este con la Patagonia, pero la del Este; al oeste con Tierra Santa y al sur con Extremadura la Vieja, la nueva no tenía límites. Tiene bastantes ríos muy caudalosos y de diversas longitudes: el más corto como su nombre indica es el Po, y uno de los más largos el Guadalorce; entre el término medio están el Duero y el Ebro. En la Macha hay un canal, llamado el «Canal de la Mancha», que yo no lo he visto nunca. Pero si se dice así por algo será. La montaña más alta es el «Cerro de los Ángeles» (eso si que es altura) situado en la meseta cantábrica y le sigue el «Alto de los leones», donde solía cazar los leoneses, pero tiene otras montañas más discretas como los Andes en la cordillera ibérica y los Apeninos que no están en ninguna cordillera, sino en un alto. Su clima es variado, caluroso en verano y frío en invierno, pero con el cambio climático sucede todo lo contrario: verano en caluroso e invierno en frío. Su agricultura es mayormente agrícola, pero la de Almería ya no se sabe. La zona centro es muy seca y árida, y se crían mayormente frutos secos y pasas; en las zonas de regadío se dan las peras de agua y los aguacates. La fauna ibérica está compuesta mayoritariamente de animales y la flora de plantas, pero para ser 32

más concretos los hay salvajes y domésticos; comestibles y de compañía, y las plantas lo mismo. Las especies en peligro de extinción son el gato común y el canario amarillo. Los gatos fuera de lo común van bien, gracias a Dios, y los canarios que no son amarillos están a salvo porque pasan más desapercibidos.

Personajes famosos

Torquemada: Toledano, inventor de la pólvora mojada pero que no tuvo éxito porque coincidió con una época de mucha sequía. Diego Velázquez: Matemático de origen santanderino que inventó la regla de tres, pero no a la primera sino a la de tres. El Gran Capitán: Militar de origen español que combatió a Napoleón en las Alpujarras, durante la Guerra de los 30 años (y un día, para ser más exactos) al que se le atribuye una frase que molesta bastante a los vizcaínos. Juan de Austria: Aristócrata de origen austriaco que lideró las Cruzadas, y eso que para entonces Austria ni existía. Felipe II: Hijo de Felipe I, nieto de Felipe a secas, venció a los espartanos en la batalla de las Termópilas, de la que se trajo varias pilas térmicas que todavía no se han gastados de lo buenas que eran. Aníbal: No es español pero anduvo por aquí con una trupe de circo y sus elefantes, con los que conquistó el corazón de los niños españoles

Nota: algunas fechas no están verificadas, pero eso no cambia el calendario gregoriano.

Con estos conocimientos ya puede decirse que sabe lo necesario para el graduado escolar. ¿Quiere prepararse para el ingreso a la universidad para mayores de 25 años? ¡Venga, no me venga ahora conque no sabe lo que es una universidad! Una universidad es un centro de acogida del Gobierno para jóvenes descarriados y con riesgo potencial de contraer el Sida, pero si usted ya no es tan joven difícilmente le acogerán, porque no corre el riesgo de contraer nada, y menos el Sida.

**Memorias de un cajero automático**

Me llamo NCR X23, y soy un cajero automático ya jubilado. Dicen que nos querían rehabilitar en no sé qué país de África, pero los africanos han dicho que pobres pero no tontos, y que nos quedemos con nuestra chatarra que ellos los quieren ya con acceso a Google y a YouTube, o como se diga. Total, que aquí estoy, tratando de pasar el rato hasta que me lleven al desguace. Menos mal que tengo mis recuerdos. De todos ellos el más entrañable es de doña Engracia, era una viejecita enrollada y moderna, a la que le pagaba yo la pensión, pero tenía un punto débil: el pin.

—¡Otra vez doña Engracia!

—Otra vez, hijo, es que con el Bingo dichoso se me van los números al cielo

—¡Que es la quinta vez esta semana, que no vamos a tener bastantes pines para usted!

—¡Anda, deja de protestar y dame ya la paga que ya voy tarde para el Bingo. Total por cuatro números ¿quién se va a enterar?

—¡Que no es eso, doña Engracia. Que soy una máquina pero honrada! ¿Que si se entera el jefe me desconecta? Ande vaya al mostrador y que le den otro, que yo me espero... ¡Esta mujer!

Pero había otro también gracioso. Creo que era un estudiante de informática y se las daba de listo conmigo.

—¡Otra vez lo mismo chaval!

—Qué te pasa ahora, ¿se te han cruzado los cables?

—Que esa tarjeta es el pase del comedor de la facultad; que aquí no funciona. 33

—Pero tiene banda magnética, ¿no?

—Oye, ¿pero tu estudias informática o tontimática?

—Pues en otras me funciona

—¡Ya, pero con dinero de Monopoly! Anda deja ya de hurgar que te están viendo por la tele y no estás maquillado.

También había otro con el que no había una sesión sin pelea. Creo que era un escritorcillo de mala muerte, bueno mala vida porque a juzgar por su aguante, con ese no podía ni la muerte.

—¡Vaya, ya sabía yo que con la comisión de este mes me dejaban el saldo en 9,99! ¿Y ahora qué hago? Oye, ¿es que por un jodido céntimo no me vas a dar el billete?

—Lo siento, yo no manejo calderilla

—Entonces dame uno de cinco.

—No es posible, lo mínimo son diez euros.

—¡Pues dame dos de cinco!

—¿Pero es que no lo entiendes?, ¡que no estoy programado para miserias!

—¡Máquina capitalista! ¡O sea, que hoy no como!

—Por lo que veo, ¡ni mañana tampoco!

Me porté mal con el chaval, pero es que los escritores te vuelven loco para cuatro perras, a mi me gustaban los que pedían la cantidad al boleo. ¡Con los ojos cerrados y lo que saliera! ¡Esos eran buenos tiempos!

Pero hubo otros casos tristes. En invierno tenía cada noche un indigente medio hippy, con dos perros que pasaban más hambre que un canario en una herrería. En una ocasión entró un tío algo borracho con la querida para que le diera más pasta y seguir la marcha. Estaba tan borracho que se dejó cincuenta euros, y yo no pude avisarle. Entre nosotros, me callé para ver si daba de comer a esos animalitos. El chaval se fue directo a un restaurante, y me dejó a las pobres bestias encerrados en el cajero.

—¡Tres menús de los más caros! —le dijo al camarero.

—¿Esperamos a sus compañeros?

—Usted póngalos y no haga preguntas tontas, que más vale solo que mal acompañado!

Del atracón no pasó de aquella noche, ¡pero se murió satisfecho!

Por último, me acuerdo de aquella pareja de enamorados que se peleaban siempre porque él quería sacar el dinero se su cuenta, pero ella insistía en que fuera de la suya. Un mes después él sacaba de la de ella y ella no sacaba de ninguna porque la dejó sin blanca.

La verdad es que, como cajero, he tenido una vida dichosa y llena de satisfacciones. Excepto en dos o tres apagones, jamás he dejado a la gente sin su dinero, y nunca me he quedado con un sólo euro que no hubiera ganado más o menos honradamente, que eso no depende de mí. Sólo me queda una duda que me atormenta. Después de haber manejado tanto dinero, cuando llegue el momento de mi desguace no estoy seguro si me habré ganado el cielo o iré de cabeza al infierno. ¿Alguien me podría orientar?

**Entrevista con la zorra de «El Principito»**

¡Quién me iba a decir que en mi deambular periodístico por las Américas iba yo a dar con la zorra del cuento «El Principito», pero así fue! Uno de esos días en que andaba yo buscando el suplemento dominical del New York Times en las papeleras del bajo Manhattan para escribir mi artículo de «supervivencia» correspondiente al mes en cuestión, me vi en la penosa necesidad de reponer mis mermadas fuerzas en uno de esos comedores de beneficencia encubiertos que son los McDonalds neoyorquinos. Allí, entre indigentes reales y proletarios evidentes, más algún turista español, pues los McDonalds de nuestro país tienen aires aristocráticos no como los de aquí, encontré sospechoso que una de las camareras utilizara un «hiyab» sin ser miembro de la comunicad del Islam.

Hice mis averiguaciones, consulté a un puertorriqueño muy salado que me arrojó el café sobre los pantalones en su afán de retirar cuanto antes los trastos de las mesas e irse a bailar salsa, y me informó que por escasez de personal la empresa había consentido en emplearla, porque para estos restaurantes ya casi nadie rellena aplicaciones de empleo.

—¿Quiere decir que es la misma; que es la zorra del cuento?

Asintió y me volvió a tirar los restos de mayonesa sobre la parte del pantalón que todavía estaba limpia en su afán por gozar del merengue.

—¿Podría usted tener la amabilidad de preguntarle si no le importa que la entreviste?

—Le costara 100 pavos, y si viene de «Le Fígaro» 150, está muy cabreada con los franceses.

—Dígale de soy un escritor español, de los de después de Franco, ¡no se vaya a pensar que yo...!

—¡Ah, bueno, haberlo dicho antes! ¿No será usted el que ha escrito esa novela sobre Nueva York donde sale ella?

—¡Sí, sí; el mismo!

—Entonces se lo hará gratis. ¡Oiga, que la dejó usted en buen lugar; que la pobre está más que harta de pasar calamidades sin que se diga de ella más que lo de siempre: que si domesticada, que si esto, que si lo otro! ¡Lo suyo fue un punto de vista original!

—Entonces, ¿se lo preguntará?

—¡Aquí la tiene, pregúnteselo usted mismo!

Nunca hubiera imaginado ver a uno de mis personajes de juventud favoritos en aquel penoso estado. Como se suele decir, tenía el rimel corrido, el contorno del carmín excedía con creces sus ajados labios, el pelaje deslustrado y la porte desgarbada, para colmo chupaba la típica colilla de cigarrillo según aparece en todas las películas de Rita Hayworth y otras por el estilo.

—Permítame que me presente, soy Jaime Despree, el reportero más dicharachero....

—¡Ja, y yo soy Greta Garbo! ¡Venga encanto, no me vengas con esas que una no viene a los Estados Unidos para nada!

—Bueno, tal vez no sea tan dicharachero, pero me han dicho que usted es...

—¡Sí, yo soy, bueno ¿y qué? Oiga, ahora que lo dice, ¿no será usted ese Despree de la novela?

—¡El mismo!

—Mire, que no le tenía buen ojo por lo del apellido, pero cuando leí su novela, pues que me trajo usted buenos recuerdos... ¿Y qué quiere de mí, si se puede saber?

—¡Todo!

—Vamos por partes, cariño, y suéltelo todo rápido que aquí no nos pagan para estar de palique con los clientes.

Como no soy un reportero muy brillante la primera, la segunda y hasta la vigésimo quinta pregunta fueron las tópicas en estos casos:

—¿Qué hace una zorra como usted en un sitio como éste?

—¡Ay, cielo, ya veo que no sabes de la misa la mitad! ¿Crees que se puede vivir del recuerdo? Me dijeron que con mi fama me caería el papel de protagonista en alguna película de Spilberg, pero, chico, tardé algunos años en cruzar el charco y cuando llegué ni se acordaban de mí. ¡Una humillación! Me dijeron: «Un papelillo secundario podemos ofrecerle para que no haga el viaje en balde, pero desde lo de Reagan las zorras como usted ya no están de moda». Así es que hice un papel en que ni hablaba, sólo rebuscaba en el cubo de la basura en una película de Disney, en que el protagonista era el perro más lerdo que me echado a los hocicos!

—¡Ya, vaya faena...! Bueno, hablemos del Principito. ¿Se enamoró usted al primer golpe de vista?

—¡Hombre, qué pregunta! ¡Pues claro! ¿Cómo no sentir en esa criatura la ternura de su mirada, la ingenuidad de su mundo de rosas histéricas y volcanes peligrosos? ¿Es que se le podía confundir con un bruto e insensible cazador?

—¿Y sexualmente...?

—Oiga, pongamos las cosas en claro, sobre mi sexualidad no escriba ni una palabra, ¡para las zorras ese es un tema tabú!

—¡Perdone, no volverá a suceder! Pero usted fue poco realista. Con toda su experiencia de la vida, ya debió comprender que aquello era un amor imposible...

—¡Qué sabe usted de esas cosas! Si usted fuera una zorra, viviendo siempre de sobresalto en sobresalto, mal vista y peor considerada, que te venga del cielo un Principito y te diga que eres hermosa y digna de su confianza... ¡Oiga que eso llega muy hondo!

—Entonces, por eso se dejó usted domesticar y ahora... ¡en un McDonald!

No respondió. Primero creí ver una lágrima fugaz resbalar por su mejilla de zorra, después se restregó con el dorso del jersey raído y el rimel le llegaba hasta las orejas. Luego me miró con cierta ternura, como si le hubiera llegado al fondo del corazón de zorra domesticada y luego, ya totalmente recuperada, impertinente y altiva de nuevo, se levantó, escupió la colilla del cigarro y me dijo.

—Se terminó la entrevista, encanto. Una tiene que seguir viviendo y no es cosa de andarse con sentimentalismo. Me ha traído usted buenos recuerdos, pero vivo en Norteamérica y aquí no se vive de recuerdos sino de dólares. Dé gracias a que le ha salido gratis la entrevista y no abuse. Y si pasa por Francia, les diga que estoy muy dolida, pero en parte agradecida, porque en el fondo me sigo sintiendo muy francesa. Pero eso de que hagan tantos negocios conmigo y no me pasen ni un euro, ¡simplemente, que no se lo perdono! *¡Au revoir, mon ami!*

CUENTOS CONTRA-POPULARES

**Caperucita Roja o el crimen perfecto**

La tradición nos ha legado la absurda idea de que el lobo, compañero habitual en las partidas de cinquillo de la abuelita, fue su asesino. ¡Nada más falso! Nadie sabe que las relaciones entre Caperucita y su abuela habían llegado tal extremo de tensión que terminaron en abuelicidio. Esta es la verdadera historia según un herrero de Maguncia, descendiente del abogado defensor del pobre lobo feroz, que por consideración a la inocencia de los niños, se la había callado. Pero como los niños ahora, con todo esa violencia de los video-juegos ya no tienen inocencia, la ha develado a un canal local de televisión de la Baja Renania.

—Caperucita y su abuelita se llevaban fatal —dijo el herrero a la tele local—. La abuela amenazó a la niña con dejarle al lobo la casa y la finca colindante, más de 10.000 hectáreas de castañares de buena calidad, porque era el único que la hacía compañía, que hasta dejaba que hiciera trampas a las cartas sin rechistar, y eso que las prendas por perder eran abusivas y hasta obscenas.

—Entonces —le preguntó el entrevistador—, fue Caperucita quien...

—¡Sí señor, que se sepa de una vez! Después de empollarse decenas de cuentos en que los lobos se comían a las abuelas, urdió un plan perfecto para deshacerse de la suya. Sabía que el lobo acudía a eso de las cinco de la tarde a la partida de cartas con la abuela. Ella se adelantó, hizo el trabajo sucio y dejó una nota en la puerta: «Querido lobo, estoy de ejercicios espirituales y no volveré hasta las 7. Pasa y siéntete como en tu casa. En la nevera hay una gallina guisada. Tú mismo».

El lobo esperó y esperó (inútilmente por la razón expuesta), se comió la gallina y le entró modorra, así es que se recostó sobre la mullida cama y se quedó dormido. Entonces Caperucita, haciéndose la tonta, se hizo la encontradiza con el guardabosques local y le dijo:

«Para mí que hay un lobo roncando en casa de la abuelita. ¡Mira tú si se hubiera comido a la abuelita!».Y parpadeó varias veces, juntando las manos y mirándose el talón derecho. El resto del cuento ya lo conocemos. Mi antecesor cursó Derecho en una Universidad subvencionada, por eso perdió el caso. ¡Pero fue Caperucita! Moraleja: «No todo lo rojo es comunista»

**El sapo y la princesa morocha**

Había una vez en un país mas lejano que Kirikistan, una altiva princesa morochota y deslenguada, además de mentirosa. Su juguete favorito era una bola de acero de un cojinete sueco, algo pesada para su edad. En esto que una tarde aprovechando que no había escuela de princesas morochas, estaba jugando con su bola de acero a la orilla de un pozo.

—¡Tiro mi bolita, tralaralarita! —cantaba alegremente.

En un impulso arrebatador la bola fue a parar al pozo. Se escucho el sonido seco de la bola al pegarle en la cabeza a un sapo distraído, que indignado, pidió explicaciones a la princesa.

—¡Perdona ranita! —le dijo ella pensando en ganarse la voluntad el bicho para que le consiguiera su bola.

—¡No soy una ranita, soy un sapo! ¡Y no me vengas con esas que ya me he leído el cuento! —le dijo el sapo, apoyando la barbilla en su anca trasera.

Se dijeron todo aquello de «si me das la bolita me caso contigo», etc., y el sapo no se creyó una palabra, pero conocía el oficio del padre, así es que bajo al pozo, cargo la pesada bola y medio deslomado la saco del pozo.

—¡Rana tonta! ¡No sabes que las princesas morochas se casan con los príncipes morochos!

—¡Se lo diré a tu padre y veremos quién se sale con la suya!

Tal y como lo dijo lo hizo, y el padre, rey y experto en derecho internacional y conyugal, no tuvo más remedio que aprobar la boda.

Dicen que el sapo le fue bastante infiel, a pesar de que por indicación de la madre aprendió a cocinar moscas al «Pil-pil». Moraleja: ¡No mientas o acabarás casada con un sapo verde y repugnante!

**La «Ceni», o cómo casarse con un príncipe que colecciona zapatos usados**

Es una bobería pensar que no hay dos jovencitas con el mismo número de zapato en todo un reino, por eso y porque ya va para la media docena de cuentos en los que he descubierto el engaño, a penas si me he puesto con éste y ya tengo el origen de la malversación.

Primero la «Ceni», diminutivo de Cenicienta, era una chica de barrio totalmente normal. Era huérfana de abuela, por tanto apenas podía decirse que lo era del todo. Vestía mal porque le gustaba y era bastante perezosa con las cosas de la casa, hasta tal extremo que ese toque de ceniza del nombre le viene de esta manía suya de no limpiar la cocina como Dios manda.

—¡Va, si yo me tengo que casar con un príncipe, de Mónaco o de donde sea! —se decía a sí misma convencida de sus artes femeninas.

En esto que el único príncipe disponible del reino vecino, porque en el propio sólo había una princesa, otra malversación del cuento, estaba en el trance de buscar esposa y decidió pescarlo fuera como fuera e hizo sus averiguaciones.

—¡Está loco por los zapatos de mujer, es su fetiche. Dicen que colecciona hasta zapatillas de cocinera de hotel barato, sudadas y grasientas!

¡Zape! ¡Ya lo tenía! Llegó el día. Se hizo con el par de zapatos más horteras que se pueden comprar en Lavapiés. Le prestaron un seiscientos trucado (ahora se dice «tuneado») y se presentó en la fiesta, dando traspiés, ¡porque los zapatitos se las traían!

Fue un amor a primera vista. Apenas el príncipe divisó los zapatos sabía que serían suyos, con o sin Cenicienta.

—¡Que bella noche! —le dijo disimulando fatal

«Sí, sí, nochecita; tú lo que quieres es lo de todos... pero esto te cuesta firmar en la vicaría» —pensó la Ceni maliciosa pero melosamente dulzarrona.

Llegaron la 12 y lo demás es de sobra conocido. Ella esperó tranquilamente en su casa con el otro par del zapatito hortera, el príncipe estuvo la borde de la muerte por la angustia, pero todo se arregló felizmente.

Dicen que llegó a coleccionar más zapatos de la Imelda Marcos, algunos bastante sudados, pero a la Ceni no le importaba, ¡estaba acostumbrada a los malos olores! Moraleja: el amor en los príncipes entra por los zapatos, tanto más cuanto más horteras sean.

**La cigarra y la cretina de la hormiga**

Todos conocemos el cuento de la cigarra que se pasaba el verano cantando alegremente sin pensar en el futuro, y de la hormiga trabajadora, ahorradora y previsora que le negó un trozo de pan, por lo que sucumbió el frío y gélido invierno. Lo que no saben es que la hormiga no pasó tampoco de aquel mismo invierno, y murió de un atracón de celulosa en mal estado. De manera que las dos, cigarra y hormiga, se encontraron casi en el mismo sitio de la cola de las almas que esperan el juicio de San Pedro.

—Yo a ti te conozco —insinuó la cigarra dirigiéndose a una hormiga vieja y respondona que se metía con todo el mundo, como si ella no estuviera muerta y los demás sí.

—¡Va, qué vas a conocerme! ¡Yo nunca me he relacionado con bichos de tu clase! —respondió ella, dejando en la nube un abultado fardo de provisiones que tenía previsto llevarse al cielo.

—Tú eres la hormiga que me negó la comida. Por tu culpa estoy en esta cola, pero como dice el refrán: «¡Arrieros somos y en el camino nos veremos!».

La hormiga ni respondió. Miró a otro bicho extraño que escuchaba indiferente la conversación y le hizo un gesto como diciendo: «Este pobre diablo se cree que va de cabeza al cielo. ¡Menudo chasco se va a llevar el infeliz!».

La hormiga estaba convencida de que ni siquiera sería necesario dar explicaciones, con solo verle la pinta de trabajadora le daría un pase en primera para el Paraíso. La cigarra no insistió porque el ujier de la entrada les apremiaba a que no se entretuvieran con chismorreos, que había miles de almas pendientes de los tramites celestiales.

Una vez dentro, San Pedro le pregunto:

—¿Profesión?

—¡Artista! —contestó la cigarra sin un instante de duda

—¡Al cielo! ¡Siguiente!

Llegó el turno de la hormiga y San Pedro, algo cansado de repetir durante más de 2500 años la misma pregunta, se la dijo sin mucho convencimiento, porque por la pinta del bicho tenía ya la respuesta.

—¡Trabajadora por cuenta ajena!

—¡Al infierno!

Lo peor fue el desconcierto de la pobre hormiga, que ya tenía un pie en la puerta del Paraíso, pues estaba convencida que sólo era cosa de puro trámite. La cigarra, que había contemplado la escena desde la puerta de la limousine que lleva las almas piadosas al cielo, todavía tuvo un gesto noble, ¡propio de los que van al cielo!

—¡Lo siento, hermana! ¡Si puedo hacer algo por ti en el cielo...!

La hormiga, rencorosa hasta en las puertas del infierno, sólo se le ocurrió decir:

—¡Va, no se estará tan mal en el infierno!

Y la metieron en el carro de Pedro Botero. Por el camino la desconcertada hormiga no dejaba de preguntarse en voz alta cómo pudo cometer San Pedro tamaña injusticia, y el chofer que la escuchó, saltó indignado:

—¡Si por mí fuera, ni al infierno te dejaba entrar! Alarmada, la hormiga trató de imaginarse dónde se podría ir si no era al cielo o al infierno, lo que la angustió todavía más se cabe.

—Pues ¿qué hay de malo en trabajar y ahorrar para la vejez?

—¿Malo; malo? Pero, desgraciada, ¿para qué crees que Dios os dio la vida?

—Pues, ahora que lo dices... tan ocupada estaba en trabajar y pagar los autónomos para la vejez que ni me lo había planteado...

—¡Pues por eso vas de cabeza al infierno!

—¿Y la perezosa de la cigarra? ¿Por qué ella va al cielo?

—¡Una hormiga como tú nunca llegaría a comprender que los artistas viven siempre en gracia de Dios! ¿Es que no has visto las estampas de los ángeles que siempre llevan una lira y no paran de tocarla? ¡Ignorante! Y así fue como acaba realmente el cuento con moraleja de «La cigarra y la cretina de la hormiga».

**Los tres salvajes cerditos y el lobo angelical**

Por quedar bien con los vecinos casi nunca le damos una bofetada al crío de los del piso de arriba, cuando por hacer una gracia nos da una patada en la espinilla. ¡Cosas de niños!, decimos, disimulando el escozor con una sonrisa de chimpancé de zoológico. Los niños, esos monstruos bajitos y perversos, lo primero que aprenden es la manera de arruinarnos la salud, lo segundo es la manera de arruinarnos en todos los sentidos. Por esa razón yo nunca me creí la historia de los tres cerditos y el lobo feroz, pues como buen observador de la naturaleza, me he dado cuenta de que los chanchitos son de las crías de animales más revoltosas y juguetonas, que no sé de donde sacan la paciencia las cerdas para aguantarlos. La verdadera historia es más o menos como sigue: Había una vez una cerda que trabajaba en el sindicato de rebaños varios, y siempre estaba tan ocupada organizando huelgas y reclamando mejoras salariales a los granjeros, que apenas tenía tiempo de ocuparse de sus tres lindos cerditos. Por suerte tenía como vecino a un lobo más o menos estepario, pero culto y erudito, que hasta sabía sacar la regla de tres contando con los cuatro dedos de su pezuña. —Si no es mucha molestia, señor lobo, ¿podría usted cuidar unas horas a mis tres angelitos? Es que hoy tenemos un asunto oscuro con un fabricante de piensos compuestos de harina animal y no sé a 39

qué hora regresaré. —¡A mandar, mujer, que para eso estamos los vecinos! —le dijo el lobo, ignorando que la posteridad le condenaría por «soplón» y desalmado. La madre se fue a sus ocupaciones y el lobo angelical se quedó con los tres cerditos. La primera ocurrencia de las criaturas fue la típica en estos casos: —¡Vamos a jugar a indios y a americanos! Tú serás el indio malo y nosotros los americanos buenos —le dijeron al lobo, quien accedió gustoso, porque aunque soltero y de edad avanzaba, le seguían gustando los niños. —¡Te vamos a tirar un misil! —¿Un misil, hijos? ¡Pero eso es de otra guerra! —Bueno, ¡pues te vamos a volar con una carga de Goma 2! —¿Goma 2, hijitos? ¡Pero eso también es de otra guerra! —Pues entonces ¡te vamos a meter en un cohete y te mandaremos a la estación espacial internacional! —¿Un cohete, hijos míos? ¡Pero eso no deja de ser de otra guerra! Los tres cerditos, contrariados por la sosería del lobo, sacaron los petardos que tenían guardados para la «Nit de Sant Joan» y se los ataron al cuello al pobre lobo, que maniatado y estupefacto, no tuvo tiempo de reaccionar para salvarse. Dicen que por la noche de San Juan una reluciente cometa traspasa el espacio estelar, a la altura de Sitges. ¡Es el pobre lobo angelical, que todavía sigue en órbita espacial! Moraleja: ¡Los niños son la prueba irrefutable de nuestra avanzada edad y de nuestra incurable ingenuidad!

La verdadera historia de Blancanieves y los siete carboneritos

Como todos ustedes son gente ilustrada ya deben saber que los hermanos Grimm eran unos eruditos de cuidado, pues recopilaron uno de los más importantes diccionarios enciclopédicos de la lengua alemana. En su deambular por villorrios de mala muerte en busca de palabrejas, les contaban montones de historias fantásticas locales, trasmitidas de abuelas a nietos, pues los padres tienen otras ocupaciones que andar contando cuentos. Una de esas historias es la de «Blancanieves y los 7 enanitos». Como actualmente vivo en Alemania, he indagado sobre este asunto y he encontrado alguna que otra contradicción, como que no había tales enanos, sino una familia de carboneros algo canijos por la mala alimentación, que en sus ratos de ocio buscaban piedras relucientes y otras tonterías por el estilo. Por sentido de la responsabilidad, les ofrezco la verdadera historia, según ha llegado de viva voz de la última abuela que la conocía. Como era de temer, Blancanieves no era tan blanca, sino algo morena y regordeta. Es verdad que era hija de un reyezuelo local, pero era caprichosa, histérica, deslenguada y mortificante. —¡Quiero un móvil! —le dijo en cierta ocasión a su padre con su habitual tono autoritario. —¿Un móvil, hija? ¿Pero, de dónde saco yo un móvil si todavía no se han inventado? —Pues manda que lo inventen, y con cámara de 8 megapixels, MP3 y todo eso. La chica no paraba de pedir imposibles, por eso el padre creyó conveniente poner fin a su maravillosa viudez (de su última mujer salió tan escaldado que la mandó enterrar cerca de Afganistán, pero el de antes), y se casó con una beatífica mujer, que rondaba los 50 y sabía recitar el «Tirant lo'Blanc» de memoria, pues parece ser que era de origen valenciano, hija de emigrantes de los de antes. Para la boda vinieron embajadores de todos los reinos de Europa, y una delegación de la Generalitat Valenciana, que tuvo serios problemas con el idioma, pues el catalán todavía era desconocido en los reinos germanos, lo que no sucede en nuestros días. 40

Pasaron dos años con más o menos tensiones familiares hasta que al tercero estalló la crisis que dio origen al cuento: —Espejito mágico —pregunto Blancanieves a la cosa— ¿Quién es la chica más enrollada y tía buena del reino? —¡Obviamente tú, mi princesa! —contesto el decimoquinto espejo mágico, pues los anteriores los había hecho añicos sólo porque tenían deje bávaro. Así pasaron algunos días hasta que el espejo se rebeló: —¡Pero eres tonta de capirote! ¡A ver si aprendes un poco de juicio de tu madrastra! Apenas Blancanieves escuchó las últimas palabras del espejo, urdió un mortífero plan contra la pobre valencia y mandó que la decapitaran al instante. —Señorita, si no le importa vamos a degollarla fuera de casa, que las manchas de sangre no se quitan ni con aguafuerte y estropajo de raíces! —¡Sea, pero, ya! La pobre mujer se salvó de la muerte por causa de algo que me callo, y dio con sus huesos en una casita de unos carboneros algo canijos, que los hermanos Grimm confundieron con enanos. Allí se convirtió en su criada, sufriendo toda clase de explotaciones laborales imaginables, hasta que pasó lo de la manzana. Blancanieves se disfrazó de pastorcita y con un veneno de su invención casi la mata. Los carboneros no querían líos con la justicia y denunciaron el caso al «burgomaestre» local, quien se apiadó de la pobre mujer y decidió pagar el entierro de su bolsillo. Pero ya en el cementerio un mal golpe del sepulturero le sacó el veneno del gaznate y se revivió, asombrando a los presentes. —¡Volvemos a tener criada! —se dijeron los carboneros explotadores. —¡Esta mujer es mía, yo la he salvado y me la quedo! —dijo el burgomaestre —¡Nos quejaremos al sindicato! —¡Os llevaré a los tribunales por evasores de impuestos! Este tira y afloja concluyó en boda. La pobre mujer dejo de ser criada de los carboneros para ser del burgomaestre, que era más gordo y comía más. Y esta es la verdadera historia de Blancanieves, etc. Moraleja: «Cuando te haces mayor ¡todos los espejos mágicos están en tu contra!»

SOBRE EL AUTOR

• España, 1947

• En los años 70 y 80 formé parte activa de los nuevos partidos políticos verdes de Madrid, Barcelona, Londres, Copenhague y Berlín. El resultado de esta larga experiencia está en mi ensayo “Ecología y sociedad civil”.

• En los noventa me trasladé a los Estados Unidos, residiendo primero en San Francisco, Los Ángeles y finalmente en Nueva York, donde fui corresponsal acreditado en las Naciones Unidas. También residí por cortas temporadas en Ucrania y Bielorrusia, de cuya experiencia surgió mi novela "Tania, vida mía".

• Al principio de la década de los 90 regresé a España para dedicarme enteramente a la literatura.

• En el 2004 me trasladé a Berlín, donde he fijado mi residencia, y he escrito la mayor parte de mi obra, en especial la novela histórica: "Los años de rojo carmín" y la novela "Cerca del Cielo, cerca del Infierno".

• He sido finalista en el Premio Internacional Jovellanos de Ensayo 2011, con mi ensayo "Filosofía de los sistemas sociales".

otras obras del mismo AUTOR

NOVELAS

• Los años de rojo carmín (Novela histórica ambientada en la II República y la Guerra Civil en España)

• Tania, vida mía (Una historia sobre las dramáticas consecuencias de la inmigración)

• Teo y Betsy (Una historia ambientada en la Transición democrática en España)

CUENTOS Y RELATOS

• Berlín sin muro (Impresiones y reflexiones sobre Berlín)

• Cuentos berlineses (Cuentos inspirados en las vivencias del autor sobre Berlín)  
• Hermann en el Purgatorio (Relatos fantásticos en clave de humor sobre las metáforas de la religión)

ENSAYOS

• Filosofía de los sistemas sociales (Teoría de los sistemas político, económico y religioso)

• ¿Qué es la realidad? (Ensayo sobre el concepto de "Realidad")

• Ecología y sociedad civil (Propuestas políticas, económicas, sociales y culturales de Los Verdes)

• eDemocracia para "Inignados" (Propuesta de un modelo de democracia sin partidos políticos)

• El escritor y su obra. Cómo nace y se hace una novela (Ensayo dirigido a jóvenes autores. Incluye críticas de la literatura de la Transición)

HISTORIA

• La batalla de Sigüenza (Diario de la batalla en la localidad castellana de Sigüenza, durante la Guerra Civil en España)